

QUE SEA PARA *Siempre*



*Una historia
para un fin de semana.*

BRYAN VALAREZO

QUE SEA
PARA
Siempre

Una historia para un fin de semana.

BRYAN VALAREZO

© Bryan Valarezo

Que sea para siempre, Bryan Valarezo

Primera edición, Ecuador, 2019

AutopublicArte
www.autopublicarte.com

Diseño de tapa: H. Kramer

Corrección: Florencia Casella

Maquetación: Nathalia Tórtora

Coordinación: Natalia Hatt

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

PALABRAS DEL AUTOR

Bienvenidos a mi primera novela. Mi nombre es Bryan Valarezo y quisiera agradecerles por tener este libro entre sus manos.

La experiencia de publicación ha sido compleja y enriquecedora, de ella he aprendido más de una lección que me gustaría compartir con ustedes.

Mientras cerraba el acuerdo con la editorial pensé: «Esta es una historia corta, de seguro llevará poco tiempo.». Y sí, admito que yo quería que estuviese publicada como para el ayer.

Pero no fue así.

Se debió perfeccionar cada detalle: la trama, el estilo, la ortografía, el diseño, el maquetado y la impresión, solo por nombrar algunos aspectos. Fue un proceso que involucró a varios profesionales del ámbito editorial, un trabajo en equipo.

Contra todas mis expectativas iniciales, y a medida que el proyecto avanzaba, el tiempo pasó a ser lo de menos. El apuro se diluyó porque lo que importaba era acercarse a la perfección. Había que pulir detalles, revisar sobre revisiones previas, tomar decisiones y plantear sugerencias que se amoldaran a mis preferencias personales y también al mercado literario.

¿Por qué tanto detallismo? Porque mi objetivo con este libro es llegar al corazón de numerosos lectores. Quiero que la ciudad entera lo lea, que la provincia lo lea, que el país y el mundo lo lean, que lo recuerden con el paso de los años.

Aunque pueda parecer absurdo e imposible, ese es el sueño de cada escritor. Es también mi sueño.

A través de esta experiencia de publicación recordé una vez más que debo darle tiempo y espacio a los buenos trabajos, en especial si con ellos que buscas dejar un mensaje en las personas.

En la prisa se cometen errores. Esto sucede en la vida, en cada proyecto y en cada meta que nos trazamos.

La mayoría de las personas desistimos cuando emprendemos el viaje para alcanzar una meta y, luego de algunos de meses, no obtenemos el resultado querido. Queremos acabar con todo y volver a probar con algo más, con algo distinto. Ignoramos los pequeños detalles porque lo que deseamos es ver de

golpe todo realizado y completo. Y así no funciona, salvo que ganemos la lotería en nuestro primer intento por pura suerte, claro.

A lo que voy es a que nunca está de más ser un poquito más pacientes.

Los sueños pueden cumplirse, las metas pueden alcanzarse. No es imposible.

Solo se debe luchar con calma, hay que esforzarse y sortear los obstáculos que se atraviesen en nuestro camino.

Y no hay que olvidar que del viaje siempre se aprende, a veces el recorrido es tan enriquecedor como alcanzar el objetivo mismo. Pero no les diré mucho sobre eso porque es algo que verán también a través de la novela.

Espero que la disfruten.

CAPÍTULO 1

Luego de salir del funeral de la abuela, no quise pensar en nada. Caminé sin rumbo por las calles de Ciudad Central durante una hora; me abría camino pateando piedras y botellas vacías. Al final, decidí entrar a una heladería que vi para pasar el tiempo, no estaba preparado para regresar a casa todavía. Una vez allí, y ya con un café entre mis manos, saqué mi iPad para escuchar un poco de música y ver unos videos que tenía de mi abuela. Pensaba acerca de sus consejos, aquellos que me había dado hacía ya un montón de años. Está de más decir que era una tarde muy triste y, de paso, llena de nubes grises. Cielo con cara de lluvia.

Habían pasado ya dos horas y comenzaba a cansarme de estar allí sentado tomando café, en especial uno que no era tan bueno que digamos. ¡Me harté!

Mientras me alistaba para dejar el lugar, una chica entraba con una guitarra; su cabello era negro, se la notaba alegre y era de buen parecer. No sé cómo explicar que en aquel momento se generó en mí una sonrisa estúpida. Dejé de guardar mis cosas, volví a sentarme y empecé a observarla con disimulo y detenimiento.

Ella no me notó, fue directo a sentarse. Pensé que tal vez tendría una cita con su novio o con amigas, pero los minutos pasaban y nadie llegaba. De pronto, la extraña sacó un cuaderno de su mochila e intentó escribir. Fue en vano, no parecía que le salieran las palabras correctas. Se golpeaba la frente varias veces con su bolígrafo, un gesto que me recordaba a las veces que yo me animaba a escribir y tampoco podía plasmar mis ideas.

Así estuvo durante quince minutos, hasta que tomó la guitarra, la afinó y empezó a tocar. Era una acústica de marca Fender con un acabado muy natural. Simplemente hermosa, y me refiero al instrumento. La chica empezó a hacer música mientras cantaba muy bajito, quizá porque había muchas personas en el lugar. Al menos, yo pienso que era por eso ya que, cuando la heladería empezó a vaciarse, ella elevó un poco la voz. Supuse que lo que cantaba era inédito porque nunca había escuchado aquellas canciones. Vale agregar que lo hacía bien, no estuvo fuera de tono y los acordes los digitaba a la perfección.

Absurdo, pero media hora después yo moría de ganas de hablarle; sin

querer, ella había logrado que por un largo rato yo estuviera mejor y olvidara lo ocurrido en mi familia.

De pronto, vi que sus ojos se volvieron rojizos, que ella no podía contener las lágrimas que llegaban a mojar sus apuntes. Abrazó fuerte su guitarra mientras intentaba secar su rostro con parte de su camisa.

Verla en ese estado era, desde ya, muy triste. Algo dentro de mí me impulsaba a darle ánimos y a preguntarle qué le pasaba, mas otra parte de mí decía que no estaba en condiciones de hacerlo, que quizá podría empeorar la situación.

Debatí lo que debía hacer. Y, justo cuando me había decidido a caminar lentamente hacia su mesa, ella guardó rápido su guitarra, sus cuadernos, su iPhone y sus audífonos, y abandonó el lugar. Pensando en qué pudo haberle sucedido, miré fijo el sitio donde estuvo sentada y me percaté de que había dejado una hoja. Me acerqué a tomarla, creyendo que pudo haber escrito algo referente a la situación por la cual estaba pasando, mas no fue así: estaba en blanco.

Me senté un momento allí y, al hacerlo, noté un anillo en el puesto. Tal vez lo había dejado olvidado. Lo tomé, salí de forma apresurada de la heladería y empecé a caminar en la dirección por la cual vi que se había marchado la chica. Cierto es que había mucha gente en las calles, típico de un viernes por la noche en Ciudad Central.

No había manera de encontrarla. Recorrí varias avenidas creyendo que la hallaría, hasta que dije: «No más, ya fue, estoy cansado de caminar de forma aleatoria».

Me senté en un parque frente a la estación del metro que se dirigía al sur de la ciudad. Empecé a revisar mi celular, tenía varias llamadas perdidas de mi hermana. Enseguida le marqué para avisarle que estaba bien y que en poco más de media hora llegaría a casa.

Antes de que finalizara la llamada, vi que la chica ingresaba a la estación, cansada de tanto caminar y con su guitarra casi por el suelo. ¡No podía creerlo! Era como un premio a mi intensa búsqueda; seguro que desde el cielo se apiadaban de mí.

Sin pensarlo, fui tras ella y logré subir al metro a tiempo. Una vez dentro, empecé a buscarla con la mirada. La chica estaba sentada cerca de la puerta principal y, por esas cosas raras de la vida, había un puesto disponible a su lado. Me acerqué lentamente mientras los nervios se apoderaban poco a poco de mí. Era muy extraño, no sabía en qué momento había pasado de sentir

tristeza a verme embargado por mariposas en el estómago. ¡Qué loco! Había buscado con ahínco a una persona de la cual ni siquiera sabía el nombre.

—Hola, disculpa —le dije.

—¿Sí?

—¿Me permites sentarme a tu lado? —pregunté con un tono de voz algo nervioso.

—Sí, puedes hacerlo. Bueno, es tu derecho —me respondió mientras tarareaba una melodía.

—Gracias.

—Vale, descuida.

Asentí, me acomodé en el asiento y guardé silencio por algunos minutos.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —le dije al fin mientras sacaba el anillo del bolsillo del pantalón.

—Bueno, con confianza. Aunque acabas de hacer una —contestó con sarcasmo.

—Qué obvio, disculpa. Lo que quiero preguntarte es si esto es tuyo. —Le mostré la sortija.

—¿Mío? —respondió, sin entender muy bien a lo que me refería

—Sí —añadí.

Ella acercó su mano para tomarlo.

—Oh, sí, es mío. Venga, ¿cómo es que lo tienes? ¿Se me cayó al subir? —preguntó.

—La verdad, lo dejaste en la heladería —respondí.

—¡Rayos! Sabía que algo me faltaba. Pero aguarda, una cosa no cuadra. Ya ha pasado más de una hora desde que salí de ahí —comentó, un tanto asombrada.

Ya había imaginado yo que ella reaccionaría así.

—Lo sé —añadí mientras pensaba en las palabras exactas que debía decir para no quedar como un joven que encuentra cualquier pretexto para perseguir a una chica.

—¿Me seguiste hasta acá? —me preguntó.

—No exactamente, no vayas a asustarte. Te contaré todo.

—Sí, dale, porque no entiendo nada.

No sabía cómo empezar a explicarle que la busqué durante una hora solo por una sortija que quizá pudo no pertenecerle. Si a ella se le hacía raro, y tal vez hasta sentía un poco de miedo, imagínense lo que ocurría dentro de mí. Mis nervios ya eran de otro nivel, pero más que nada por tenerla enfrente.

¡Qué linda estaba! No habían pasado ni dos minutos y ya amaba sus ojos y su largo cabello negro.

Sin tantos rodeos, le conté cómo había llegado a ella, aunque me guardé ciertas cosas que aún no necesitaba saber. Lo que sí le dije fue que me dolió verla llorar y que, desde entonces, no pude quitarle la vista de encima. Esto último sonó cursi, demasiado tal vez. También le describí la manera en la que la busqué hasta desistir.

—Hagamos un paréntesis aquí, ¿vale? —sugirió ella al fin.

—Como usted diga —asentí..

—Puedes tutearme sin problema.

—Mucho mejor, lo haré.

—¿Qué te diré? Tú no me conoces y no estabas totalmente seguro de que el anillo era mío. Sin embargo, te dejaste llevar por las emociones y cierto instinto intolerante varonil que seguiste sin pensar. ¡Vaya que estás muy loco!

—Tienes razón—intervine.

—¿Es en serio? ¡Tú estás loco! Pudo pasarte algo, tío —rio un poco—. Me parece tan, tan, tan de película.

—Es verdad. A esta altura ni yo me lo creo —respondí

—Qué valiente. Digo, es que te cuestiono, pero la verdad sucede que estoy anonadada. Nunca me había pasado algo así, ni mucho menos me habían buscado con tanta diligencia.

—Noto que lo estás y, pues, yo tampoco había hecho algo parecido ni en los sueños más sorprendentes —admití.

—Menos mal... Espero no sea yo la decimoquinta de la lista que harás de chicas que has encontrado por ahí. —Volvió a reír, esta vez fue más creíble su humor.

—No es nada —sonreí—. ¿Puedo hacerte otra pregunta, sin contar la que acabo de hacer?

—Vale —respondió sin dudar.

—¿Estás mejor?

Asintió y guardó silencio mientras se volteaba hacia la ventana, a recordar quizá. Realizó una especie de suspiro que daba a entender que eso era una mentira.

—No estás obligada a responder, tranquila —agregué.

—Te contaré, no tengo problema —dijo al fin—. Pero aquí no, esto se llenará en la próxima estación y no quisiera que alguien llegara a escuchar. Tú te has ganado esto, y vaya, aún no sé ni tu nombre.

—Bien, me...

—Espera, no lo digas ahora. Bajemos en la parada y busquemos algún café, ¿te parece? —sugirió ella.

—Por mí no hay problema.

Ella, la extraña, solo sonreía como producto del momento y de la épica historia que la involucraba.

Aguardamos por la próxima estación, bajamos, salimos a la calle y empezamos a caminar sin decirnos ni media palabra. Luego de mucho buscar, pudimos encontrar un lugar adecuado. Demoramos un poco porque, antes de entrar a algún sitio, analizábamos el porcentaje de peligro que podíamos tener dependiendo de las personas que hubiera allí.

En algún momento, ella me hizo señas de que estaba muy agotada, que ya caminaba por costumbre.

—¿Te parece este lugar? —señalé un establecimiento.

—Y sí, ¿por qué no? —replicó—; el nombre es llamativo, solo hay una familia y no creo que nos asalten o algo por el estilo.

Asentí. La cafetería se llamaba «Limón Limón».

—Y sí. Además, los sándwiches de la foto que tienen en la marquesina se ven tentadores, aunque a esta hora no van tan bien; quizás entre las siete y las once de la mañana —expliqué—. Ahora, solo algo líquido.

—Bien, eso no se puede refutar, estoy en total acuerdo, excepto que a las siete no me atrevería a llegar por aquí... Amo mucho mi cama, llegaría a las nueve y cuarto. Y fines de semana, con suerte, a cinco para las once —concluyó.

—Como yo no soy el dueño del local, puedes llegar a toda hora —respondí—. Además, aquí dice que atienden todo el día y toda la noche.

—Buen punto.

Asentí.

Tras pasar varios minutos discutiendo sobre los sándwiches y la hora ideal para comer uno, halamos la puerta y nos dirigimos a una mesa para dos personas que estaba al fondo. La cafetería nos llamó la atención por su moderna publicidad en los exteriores y por el toque natural que le daban la madera y la caña guadua.

—¡Hola! ¿Cómo están? Bienvenidos a «Limón Limón» —nos saludó un empleado que llevaba su nombre mal fijado en la camisa: Luis—. Al ser nuevos clientes, la casa les obsequia unas galletitas con sabor a piña.

—¡Estamos de buenas! —exclamó ella.

—¿Cómo sabe que lo somos? —cuestioné.

—Porque quienes ya han venido saben que no atendemos en las mesas, aunque suene a mal servicio —explicó Luis—. Bien, pueden leer acerca de la casa en esta publicación —dijo mientras nos pasaba una revista en la cual se encontraba la historia del lugar.

Tenían mucho tiempo en el mercado, pero no en la ciudad.

Hicimos el pedido en la barra: unos simples pero necesitados capuchinos para empezar una charla que seguro sería interesante.

—¿Puedo hacer esta vez yo una pregunta? —consultó ella.

—Claro, a eso venimos.

—¿Cómo te llamas? —soltó antes de sacar una pequeña agenda de su mochila—. Si no te molesta, anotaré tus datos.

Asentí y reí.

—Para nada, adelante —le dije—. Bien, como en el instituto: mi nombre es Caleb Díaz, tengo veinte años y soy del este de esta enorme ciudad.

—Perfecto. Mi nombre es Kensei Busquets, tengo diecinueve años y vengo de un lugar muy pero muy lejano.

—Ese es un buen nombre. Me gusta.

—Gracias, Caleb —dijo—. Y acerca de la pregunta en el metro, estoy mejor; y vuelvo a agradecerte, has transformado mi atmósfera en esta noche. Siento no poder contarte más, pero creo que lo podrás entender; apenas te conozco. Quizás en otra ocasión, en otro tiempo.

—Me conformo con saber que estás mejor, y espero que, sea lo que sea por lo que estés pasando, se arregle y puedas continuar. Y si toca volver a llorar, hazlo. Suele ser necesario para reiniciarnos.

—Yo no sé qué decirte, pero si hablo ahora, quizá vuelva a llorar... —admitió. Luego, colocó sus codos sobre la mesa y con las manos tocó su cabeza, como quien no quería entristecerse.

—No digas nada, guarda silencio —repliqué—. ¿Podrías prestarme tu guitarra?

Asintió.

—Vale, adelante.

La tomé y empecé a entonar canciones que me hicieron bien en momentos en los que no tuve a alguien a mi lado para conversar, preguntar, reír o, a veces, simplemente para llorar. No tenía idea del problema de Kensei, no sabía si era familiar, sentimental, laboral o personal. Tampoco quería pensar en lo efímera que podría ser nuestra amistad, solo deseaba disfrutarla y vivirla

mientras aún demoraba el pedido.

—Lo haces bien —dijo al fin luego de una larga melodía—; inédita, ¿verdad?

—¡Gracias! —exclamé—. Y sí, inédita, como la canción que tarareabas tú en la tarde.

—Ey, ¿cómo lo supiste? —intervino—. Seguro es tan mala que no la imaginas en la radio.

Nos carcajamos.

—Disculpen la demora —llamó Luis desde la barra tras un largo tiempo de espera—. De verdad lo sentimos, tuvimos un daño inesperado en la máquina.

—No te preocupes —contesté al dirigirme a él—, no tenemos apuro —agregué mientras Kensei sonreía desde la mesa.

—Disfruten el pedido.

—Noche redonda ha sido en este lugar —intervino Kensei cuando volví a la mesa—, ¿no crees, Caleb?

Asentí mientras reíamos.

—Definitivamente —repliqué—. En cuanto a tu música, asumo que es inédita porque nunca la he escuchado, y también porque tenías una libreta y pensé: «seguro que esta chica escribe allí sus canciones».

Aún con una sonrisa, ella negó varias veces con la cabeza.

—No, no, no.

—¿No qué? —pregunté.

—Definitivamente, eso no es un argumento válido.

—Claro que lo es.

—Que no. ¡Vale! —insistió ella.

—Lo es, acéptalo —refuté.

—No me rayes.

—Así no se puede.

—Dije que no, tío —replicó ella entre risas—, pero tienes razón en que es inédita.

—Bien, lo aceptaste.

—¡No lo hice! —exclamó, para luego agregar—: Sabes, aprendí a tocar cuando tenía diez años, siento que desde entonces conocí lo que era el amor. Simplemente lo sentía cada vez que tocaba esas rudas cuerdas que vienen en las guitarras económicas y de baja calidad; así amé mi instrumento, no me apartaba de él en ningún momento. Cuidaba tanto mi guitarra que no se la

permitía coger a nadie, a menos que supiera algo de música. Esta guitarra, si bien es una Fender que me costó un ojo de la cara, la estoy aprendiendo a querer. Está sanando la partida de Nera, mi exguitarra, que ahora está en mejor vida.

Admiré la pasión y la firmeza con la que hablaba, más allá de darme a entender que cela lo que ama.

—Emotivo —afirmé.

—¡Muy emotivo! —exclamó ella—. Y perdón por ser descortés y no haberlos presentado antes; ella es Hera. Por ahora, no hemos tenido problemas.

Volvimos a reír por casi dos minutos. Conocía de a poco lo ocurrida y divertida que ella podía ser. Y tenía razón, tenía una guitarra muy hermosa que sonaba increíble hasta desafinada.

—Eso fue muy gracioso —dije al fin—. Yo aprendí un poco más tarde, entre los catorce y los quince. Antes de eso, me di cuenta de que podía escribir y probé creando canciones y poemas. Llenaba cuadernos. Pero bien, llegó un tiempo en el cual quería entonar mis escrituras, darles ritmo... Ya te imaginas.

»Mi primera guitarra fue una sin marca de unos treinta y cinco dólares. Mamá me dijo que para empezar estaba bien, que con el tiempo me compraría una mejor... Pero ya ves, las mamás lo olvidan todo. —Sonreí—. Sé que en la mente te preguntas por el nombre de mi instrumento, lamento decirte que no acostumbro a ponerles uno. —Hago una pausa—. También me hicieron feliz, y hablo en plural porque luego tuve una electroacústica y una eléctrica. Esta última no aprendí del todo a usarla.

—¿Entonces lo tuyo es escribir? —preguntó Kensei sin dudar.

—Y sí, me envolví de literatura y de ortografía en el instituto. Quiero escribir de todo, y quizás ese sea un gran problema, porque al final no escribo nada.

—Entiendo —dijo al fin—, seguro eres bueno. Esas confusiones van y vienen.

CAPÍTULO 2

Conocer a Kensei fue positivo para mí. Tanto así, que olvidé por completo la tristeza por la partida de la abuela, quien por causas naturales tuvo que despedirse tras haberlo dado todo en vida. Llevaba varios días sin poder sonreír. Me había estado conduciendo en un ida y vuelta constante de la casa al hospital y del hospital a la farmacia; gastando todos los recursos en ella. Lo merecía. Sin embargo, se cansó de luchar, tuvo la convicción de que arriba estaría mejor, con su amado.

Eran alrededor de las siete de la mañana cuando los rayos del sol me dieron los buenos días. Desperté para darme cuenta de que no estaba en mi habitación, ni siquiera en mi cama. Seguía en «Limón Limón». Levanté la mirada y vi como Luis dejaba el turno a una compañera. Antes de irse, pasó por mi mesa a darme una nota de Kensei, quien ya se había marchado.

—Muy amable, Luis —agradecí luego de recibir el papel—. Disculpen la molestia, no volverá a pasar.

—No te preocupes, amigo —replicó—. Esto es un lugar que no cierra sus puertas, no son los primeros que se quedan a pasar la noche. Ocurre mucho con viajeros, con estudiantes, con hombres que discutieron con sus esposas y que fueron echados de sus casas, y con otros casos así.

—Interesante... Conoces a los clientes —le dije al fin.

—Sí, bueno, todo esto se debe a que a las personas que pasan un largo tiempo en el lugar se les pide que escriban un poco sobre sus historias. Por lo general, quienes se quedan entre dos y cuatro horas tienen situaciones comunes: son novios, familias felices, grupos de amigos... Sin embargo, prefiero las que te comentaba al principio.

—¡Genial! —exclamé—. Eso suena bien. Quisiera leerlas y dejar una crónica apetecible a los lectores del café.

—Suena bien, aunque tu compañera ya nos dejó un adelanto —me dijo mientras alzaba su pulgar en aprobación—. Debo irme. Que tengas un buen día, amigo.

—Buen trabajo, Luis, descansa —finalicé.

No podía esperar a leer la carta y el relato de Kensei. Tiré a la suerte y elegí leer primero la historia, que ya estaba en el mural del café, cerca de la caja. Antes, sin embargo, fui al tocador para enjuagarme el rostro y despedirme del inmenso sueño que cargaba.

Admito que, a pesar de haber dormido un largo tiempo en una silla, me sentía bien. Quizás en otra ocasión hubiese estado totalmente maltratado y posiblemente con el cuello torcido de camino al médico.

Me acerqué al mural.

Anoche tuve la dicha de conocer en el metro a un joven de una manera que parece sacada de la ficción, tanto así que si les contase la historia completa, me dirían que soy una mentirosa y tacharían por encima de mi letra. Nunca me había pasado algo igual y, según dice, a él tampoco.

Hacia la diez de la noche decidimos extender la charla. Pasamos por varios lugares, pero fue «Limón Limón» el que nos sedujo, aunque solo necesitábamos dos buenos cafés. Reímos, sollozamos, jugamos y debatimos. También tocamos un par de canciones hasta perder por completo la noción del tiempo. El sueño nos venció y, sin darnos cuenta, el sol empezaba a asomarse. Lo he dejado dormir, así que si leen esto mientras él está aún en las nubes, por favor, no hagan mucho ruido.

Pd: Espero volver por aquí con él.

Sin duda era un resumido pero emotivo relato.

Quizá nunca más la vería y esto quedaría como una noche épica para recordar durante los años venideros. O tal vez era el comienzo de una historia que pedía a gritos ser escrita. Algo en mí aseguraba que nos encontraríamos de nuevo. Pero antes, necesitaba volver a casa y darle una explicación creíble a mi hermana. ¡Y una intensa ducha!

Llegué a casa cerca de las diez y media de la mañana, justo cuando mi hermana Dana llegaba de hacer las compras, acompañada por Adrián, su prometido.

—¡Hola, familia! —los saludé con una tonta sonrisa que pedía una eterna disculpa.

—Tarado, has aparecido —me reprendió ella—. Entra rápido.

No suelo pasar la noche fuera de casa sin antes avisar. De tantas cosas que podrían hacer que ella se enoje, una de ellas es que no se le comunique.

La casa estaba impecable como siempre, sin ninguna macha ni siquiera en las paredes. Desearía tanto que mi habitación estuviera de la misma manera, pero bien, ese no es mi estilo. Por lo general, cada vez que se me ocurre una idea, tomo el bloc de notas y escribo allí, luego arranco la pequeña hoja y la cuelgo en la pared. Como resultado, tengo un tendedero de hojas secas con pensamientos sin fecha de caducidad.

Minutos después de un desayuno con sabor a almuerzo, Adrián se fue.

—Bien, ahora estamos solos. Puedes empezar a contarme qué pasó anoche —dijo al fin Dana.

Asentí y sonreí.

Le conté todo sin esquivar detalles, desde que la vi en la heladería hasta saber que su nombre era Kensei y mi amanecer en el café.

—No me cabe aún en la cabeza cómo pudiste hacer tal tontería. —dijo una vez que terminé—. ¿Por qué justo ayer? Teníamos suficiente con lo de la abue como para que te pasara algo a ti.

En principio, quiso enojarse.

—Tranquila, hermanita —le dije, previo a darle un abrazo—, toma lo hecho como un impulso posmelancolía. Créeme, me ha hecho bien; tenía semanas sin reír, sin jugar, sin poder desahogarme de tal manera... Solo respiraba.

—Sin tanto drama —intervino—, por favor.

—Haber servido de hombro a otra persona que quizá nunca vuelva a ver

me deja como reflexión que, al final del día, solo necesitamos seguir amando para despojarnos de todo aquello que nos roba la felicidad y que de vez en cuando nos hace sollozar. Sostengo que cobra más valor cuando desconoces el sentido de vida en el cual se dirige aquel mortal.

—¡Tienes razón! —exclamó mientras reía—. Sin llorar. Sabes, me imagino a aquella chica toda anonadada, tipo: «¿y este quién será? ¡Ya me robaron!».

Reímos sin parar.

—Debo darte la razón —repliqué—, imagínate ahí sin saber qué decir, con lo elocuente que suelo ser... —recalqué al fin con sarcástico.

—¿Le contaste lo de la abuela? —preguntó.

—No... Créeme que lo olvidé por completo.

—¿La volverás a ver?

—Y... No lo sé... —le respondí mientras tomaba un poco de agua—. Solo me dejó el recado en el mural y una carta que aún no he leído.

—Quieres volver a verla, ¿verdad?

—Te aseguro que también quisieras hacerlo si estuvieras en mis zapatos.

—Si te hace bien, espero que puedas conocer más de ella —me dijo—. Solo te pido que avises la próxima vez si volverás o no a casa.

—Bien. No vuelve a pasar.

CAPÍTULO 3

Caleb,

Venga, seguro estás leyendo esta nota que aparentemente es una carta, pero no lo es, mientras abres la puerta de Limón Limón y te diriges a casa. O bien, preferiste conciliar con la ansiedad y has decidido abrirla una vez que llegues.

Sinceramente, gracias por lo que hiciste ayer, empezando por el anillo; es muy importante para mí. Siento no poder contarte un poco más. Seguro pensarás que son inseguridades..., quizá tienes razón. Debo agradecerte también por levantarme el ánimo y prestar tu oído para hablar sobre tantas tonterías. ¡Gracias por ser atento! En verdad, podría haberte secuestrado. Sin embargo, no lo hice. Eso es un punto a mi favor, supongo.

No suelo ser tan directa al escribir una carta; aunque, la verdad, no recuerdo la última vez que hice una. Seguro fue a papá en su día festivo cuando estaba en la escuela.

Me gustaría volver a verte, pero no es un anhelo en tiempo indefinido. Creo que debes saber un poco más y quitarte la intriga. Te esperaré a las cinco de la tarde en la estación del tren que sale hacia el sur. No estás obligado a estar ahí, pero seguro que lo que tengo por decir mejorará el relato que creo escribirás. Mola la idea de esperarte.

*¡Abrazo!
Te estima, Kensei.*

Si ella nunca había escrito una carta a otra persona además de su padre, no se ha de imaginar que yo nunca había recibido una de alguien que no fuera mi madre. Y de esto hace mucho tiempo. Lamentablemente, me tocó crecer en la era de la revolución digital; lo electrónico ha acabado con el lápiz y el papel. Seguro muy pronto los cuadernos serán reemplazados en las escuelas por tabletas inteligentes. Se dejará de escribir y se empezará a tomar fotos del pizarrón, creyendo que así será mejor. Los representantes no podrán refutar aquellas estrategias por el simple hecho de que el estado lo ha querido, sin necesidad de consultar. Bien... esto último está pasando.

¡Cosas raras que tiene la vida!

Leí varias veces la nota, tratando de ir más allá en sus palabras; quería entender cómo hacía para combinar la frialdad con lo sentimental. Algo abstracto, como diría un amigo. Sin duda iría a verla. Ella estaba en lo cierto, quería la historia, quería un poco más de su voz, quería volver por su cabello negro y un tanto ondulado. ¡Y por sus ojos!

Me largué a escribir un par de relatos que tenía pendientes para mi blog, sin embargo, me vencieron el sueño y el dolor de espalda que de a poco comenzaban a llegar. Me fui a dormir como debía hacerlo. Desperté luego de casi tres horas, justo cuando estaba llegando a la mejor parte del sueño.

Mientras comía algo con mi hermana, le indiqué que iría a ver a Kensei por la noche; me pidió que tenga cuidado y que no apagara el teléfono. Le dije que no se preocupara y que recordara que Adrián solo tenía permiso de estar en la sala. Que hiciera como si yo estuviera presente. Solo rio.

—Está bien, él lo sabe —me dijo—. Quien no sé si lo tenga claro eres tú. No es cuestión de la casa, tenlo presente. Sin importar el lugar, respétala, ¿sí? Asentí.

—Bien, me controlaré —le respondí, y luego no pude dejar de reír.

—Tonto —replicó, al tiempo que me daba un golpe en el hombro—, es en serio.

—Lo tengo claro, tranquila —dije al fin.

CAPÍTULO 4

Escogí, como de costumbre, una camiseta negra sencilla, sin ningún detalle, y un pantalón azul oscuro. Para llegar a Kensei tenía que cruzar la ciudad, algo así como cuarenta y cinco minutos en el metro. Alisté un libro, una agenda y un bolígrafo; suelo hacerlo siempre. Por lo general, sé tener interesantes ideas cuando voy sentado al lado de la ventana, y mareos cuando voy en el pasillo.

Me despedí de Dana sin prometer volver.

Hacía un viento fuerte, ya se sentía la fría temporada que se acercaba. Las temperaturas suelen ser muy bajas, tanto así que un saco no hace ni cosquillas.

Llegué a mi destino con unos minutos de anticipación. Había mucho movimiento, largas filas de personas en las boleterías que aprovechaban el fin de semana para viajar. Algunos debían ser trabajadores que lo hacen a diario y otros, estudiantes que vienen de las provincias y que vuelven a casa con sus familias cada semana o cuando tienen la oportunidad.

Empecé a caminar hacia un grupo de personas que se habían reunido a escuchar a un músico callejero; de lejos, solo se oía el instrumento. Soy de esas personas que creen que en las calles se puede encontrar un mejor talento que en la pantalla. No me refiero solo a músicos, también lo afirmo sobre pintores, magos, bailarines y actores. La diferencia entre los artistas de pantalla o de escenario y los callejeros es que los primeros encontraron a alguien que les sirvió de enganche para llegar a la fama, firmaron y dejaron de preocuparse por el contenido.

Otros pueden haber tenido suerte en algún *reality* y el *marketing* les facilitó la vida. Los que siguen presentándose en espacios públicos seguro intentaron tener una oportunidad, pero como sucede en las grandes empresas, dejaron sus hojas de vida para el final, en el último de los cajones de un enorme escritorio, caja que probablemente nunca se abre. Sin embargo, no renunciaron a su sueño y hacen eventos gratis en escenarios diferentes sin límites de personas y sin valor de entrada.

Estando cerca, pude darme cuenta que quien cantaba era una mujer. Lo hacía muy bien; tiraba largas notas sin desafinar. Me acerqué más para grabarla y mostrársela luego a Kensei. Pedí permiso para pasar entre varias

personas hasta que pude estar enfrente, y vaya sorpresa que me llevé. Era ella, la joven del anillo, rodeada por aproximadamente setenta personas que coreaban *A Thousand Years*. Empecé a filmarla mientras salía de un asombro producido no tanto por lo bien que cantaba o por su perfecto inglés, sino por la forma en que lo hacía: en una estación, sin temor ni señas de pánico escénico.

El sentimiento en aquel momento era inefable. Ella no me había visto, concentrada como estaba en su instrumento, cantaba algunas partes con los ojos cerrados.

La presentación culminó entre aplausos y gritos de alegría. Las personas se acercaban a saludarla, otras solo dejaban dinero en la maleta de la guitarra. Su escenario era sencillo: solo estaban ella y una silla de madera. No necesitaba más para asombrar al mundo, su sencillez y su humildad eran notables al aceptar sacarse fotos con su público.

Me acerqué a ella mientras estaba de espaldas guardando su guitarra y con mis manos tapé sus ojos como quien pregunta: «¿Quién soy?».

—Te dije que nos veríamos a las seis en la segunda entrada —me reprendió, sin necesidad de tocar mis manos—. ¿Qué haces aquí?

—Lo siento —respondí con la cabeza inclinada, creyendo haberlo arruinado y cuestionándome por qué lo hice—; perdona si te incomodé.

Asintió mientras volteaba a verme. Una vez frente a mí, miró al cielo, se carcajeó y me dijo:

—Vale, estoy bromeando. Ayúdame a cerrar la maleta de la guitarra, que se ha puesto complicada.

Obedecí sin comentar nada, solo sonreí, diciéndole así más de lo que quería oír.

—Bien, hemos terminado —dijo al fin—. Agradezco mucho la ayuda brindada, joven recién conocido. Ahora, si no es mucha molestia, vamos a nuestra cita. Aunque, me disculpo; ya ha pasado un considerable tiempo desde la hora acordada. Sin embargo, tienes que saber que si no hubieses estado aquí, yo ya estaría allá contándote varias cosas...

—Entonces, ¿yo soy el culpable? —intervine mientras ella levantaba los hombros para hacer un gracioso gesto de «que me importa».

—¡Ostia! Que yo no lo he dicho, lo has dicho tú —respondió—. Vamos, sígueme.

Reímos.

Se veía adorable con su trenza prolija, que hacía juego con su atuendo en blancos y negros. De lejos, un estilo idéntico al mío, excepto que mi cabello

es corto y no usaría una trenza.

Me preguntó por qué veía tanto su cabello y si acaso nunca había visto una trenza. Le dije que obviamente si las había visto, y muchas: mi hermana, por empezar, se las solía hacer a diario. Pero la de ella era diferente, no tan fina y muy aglomerada, aunque quizás esa no era la palabra correcta para definirla.

—Solo falta que me digas que nunca me habías visto con una trenza.

—No suelo ser tan sarcástico en la segunda cita —repliqué.

—El hecho de que haya dicho que es una cita no quiere decir que lo sea —finalizó ella.

Solo reí.

Luego de pelear por unos minutos, llegamos a una mesa libre en una pequeña cafetería de la estación. Nos acomodamos y Kensei enseguida se levantó para realizar el pedido: un par de capuchinos acompañados de papitas que le vendrían genial a la noche fría.

Al levantarse, se le cayó un boleto de viaje. No se dio cuenta, así que lo tomé para dárselo en cuanto regresase. Era un pase para el tren que salía a medianoche hacia Villamil. No sabía qué pensar; de hecho, no quería hacerlo.

Por fin, le entregaron el pedido con una bandeja que parecía caerse de lo llena que estaba. Era enorme, había comprado más de lo acordado.

—Permíteme ayudarte —ofrecí mientras me levantaba de mi comodidad.

—Ven rápido, antes de que seamos el centro de atención de la estación 440 —me dijo enseguida— ¡Date prisa!

—Voy...

—Venga.

No solo había comprado los capuchinos y las papas; también galletas de chocolate, agua, unos bizcochos que jamás había visto y, por último, un durazno.

—Bien, parece que has venido del super —le dije con un poco de humor.

—¡Gracioso! —exclamó—. Primero, déjame decirte que he sido víctima de una promoción muy saludable; para ellos, claro está. Segundo, mientras hacía la fila me vino una idea que, de hecho, puede servirte para alguna novela que estés escribiendo. Pensaba que muchas veces nuestras conversaciones dependen de la comida, quizá no en todos los casos, pero es un buen punto. Si te das cuentas, en grandes reuniones se depende, por lo menos, de un par de tazas de café.

—O en nuestras propias familias —intervine.

—Exacto —dijo—. Los almuerzos quizá no deberían ser tan familiares

porque unos van y otros vienen, ya sea del trabajo, de la escuela o de hacer las compras. Pero las cenas sí deberían ser la revisión del diario familiar. ¿O estoy equivocada?

—Lamento decirte que no lo estás —respondí—. Por cierto, los almuerzos dominicales deberían ser eternos, y más si son en la vieja casa de la abuela, donde nos rodeamos de todos, literalmente.

—Primos, sobrinos, tíos... —replicó— ¡Cursilerías familiares! Produce nostalgia hablar de estos temas; los tiempos han cambiado y los que se reúnen ya son pocos.

—Algo se está haciendo mal...

—¿El sistema?

—Podría ser —dije al fin—. Volviendo al tema; sí, es un buen pensamiento. O al menos, curioso. Lo agregaré seguro en algún relato y, por qué no, quizá sea el tema de un artículo.

—Eso alimentaría mi ego.

—No lo creo —agregué.

—¡Tienes razón! —finalizó ella con una sonrisa.

Empezamos por las galletas de chocolate, dejando a un lado las provocativas papitas. Un sorbo de capuchino acompañaba cada pedazo. Mantuvimos un largo silencio durante el cual la miraba sin que ella se pudiera dar cuenta, lo que no sé si fue, en realidad, un éxito.

—¿Amas este país? —me preguntó.

—Y bien, aquí nací —respondí—, no es una opción. Quizás es como cuando te enamoras, solo sientes y ya. Es eso no hay para dónde escalar en la pirámide de sentimientos dada por defecto.

—Eso fue más que claro —añadió—. Pero bien...

—¿Y tú? —interrumpí.

—Sí, me gusta mucho esta nación —respondió—, pero yo soy española.

En aquel momento entendía sus pulseritas amarillas y rojas. Incluso los colores de la guitarra.

—No sé si creerte —le dije—; pero sí, ya se me hacía raro que usaras ciertas palabras extranjeras.

—Soy más catalana que Piqué luego de ganarle un derbi al Madrid en el Bernabéu —me susurró al oído.

—Eso quisiera comprobarlo —añadí.

—Te contaré.

—Adelante.

El instinto literario me decía que se venía una gran historia.

—Tengo que empezar diciendo que mi papá es un gran chef desde antes de que yo naciera, desde que se casó con mamá. Al principio no era tan bueno, o no se había dado cuenta puesto que trabajaba para una cadena hotelera en Lisboa. Trabajó cinco años allí junto a mamá, que era su ayudante. ¿Te imaginas esa comida?, salía con amor. Mamá fue quien tuvo la idea de dejar Portugal y volver a Barcelona para abrir un restaurante. Papá aceptó y se hizo tal como ella quería. Tiempo después, él empezó a crear recetas nuevas, las mismas que años más tarde se hicieron populares. Clara, nuestra tía, la más joven de las hermanas de mi madre, les hizo la sugerencia de escribir las recetas junto a anécdotas y detalles. Parecía una buena idea, pero papá estaba tan ocupado que era casi imposible. Mamá, sin embargo, se animó, y comenzó a dedicarse a ello algunos días por la noche, casi siempre lunes y viernes. Papá creaba y ella redactaba.

—¡Sí que era una buena idea! —interrumpí—. Continúa.

—Entonces, mamá escribió un libro inmenso con cincuenta recetas, y a cada una le agregó fechas, motivaciones, reacciones, comentarios y fotos de la noche en la cual se había presentado. Una vez terminado, lo guardó, pues no se veía llevando a las editoriales un libro de cocina; creía que no lo aceptarían y que, por ende, no se vendería.

»A mi tía no le gustó aquello, así que empezó a buscar por su cuenta, pero después de un tiempo se frustró y desistió. Al menos, hasta que papá viajó a París a un congreso de chefs; ya te imaginas, estaban los mejores del mundo. Aquel día se premiaba la receta del año y se anunciaba una nueva categoría para el siguiente: «Gastronómico Literario». Consistía en redactar recetas y unirlas en una misma publicación, tal como había hecho mamá. Nos postulamos sin dudar, y hablo de nosotros porque en aquel entonces yo ya tenía doce años.

»El fallo del jurado se dio seis meses después. ¡Ganamos! Fue muy emocionante, solo pude abrazar a Clara y a mis hermanos, Lore y Emmer, pues papá y mamá habían asistido solos al evento. Gracias a Dios, se televisaba.

—¡Bien! —exclamé.

—Sí... Como te explico, fue lo mejor que pudo pasarles. La cocina de papá se apoderó de Europa. Empezamos a recibir invitaciones para visitar infinidad de países y para presentar el libro que, de hecho, se titulaba *Cocinando con papá*.

—Entiendo... —intervine—. ¿De esa forma llegaron hasta aquí?

—No exactamente... —respondió—. Déjame contarle, por favor.

Asentí y reí.

—Adelante.

—La gira nos llevaba a estar en todas las capitales de la región, excepto Ciudad Central. En nuestro último día en Lima, Emmer dijo: «Papá, ¿y si visitamos Ciudad Central? Total, esto solo ha sido trabajo». Como ya te imaginas, él accedió. Tranquilamente pudo haberle dicho que estaba cansado.

—¿Y partieron para acá? —pregunté.

—No, primero llegamos a La Perla, donde estuvimos dos días...

—¡Genial! —interrumpí.

—Sin embargo, el calor nos mató. Luego vinimos a Ciudad Central, y realmente amé este lugar.

—Sabes, eso es extraño... Aquí es todo incómodo, las personas quieren partir.

—Rayos —dijo Kensei inclinando la cabeza.

—Seguro no solo sucede aquí —agregué—. Vamos, continúa.

—Vale. Luego, volví con mamá cuando tenía quince y hace poquito, a los diecisiete, con el instituto de Barcelona donde estudiaba música. Visitamos el conservatorio de Ciudad Central, que estaba ofertando becas para extranjeros que desearan ser voluntarios para dar clases a adolescentes.

—Suenas más bien como un trueque —opiné—, tú das clases a los de primero y ellos te especializan gratis...

—Exacto.

—¿Por cuánto tiempo? —pregunté.

—Por dos años —respondió—, pero solo finalicé uno.

—¿Por qué?

—Al parecer no había sido la primera catalana en ser parte del conservatorio. No sé con exactitud cómo se comportaban las anteriores, pero ellos creían que todas queríamos tener relaciones con los superiores. Una noche intentaron abusar de mí y, si no fuera por el guardia de turno, quizá no estaría aquí.

—Rayos, lo siento.

—Descuida, ya pasó. Desde entonces, empecé a realizar presentaciones en restaurantes y eventos de este lado de la ciudad con varios amigos.

—Bien, eso explica por qué nunca te había escuchado. Siempre estoy por el otro lado de la ciudad.

Reímos. Mientras contaba su historia, su rostro cambiaba con frecuencia:

risa, melancolía, anhelo y enojo. Kensei era de esas personas que te hacen sentir lo que cantan y lo que te relatan en tiempo real. Me surgieron varias preguntas que no quise hacer por temor a incomodarla, como qué opinaron sus padres sobre su decisión de venir aquí o qué le dijeron cuando intentaron abusar de ella. Incluso me cuestioné si su familia seguiría con vida, pero no son de las preguntas más fáciles para hacerle a alguien que apenas conoces.

—Espero que vayas anotando, porque no repetiré —dijo al fin con una risa.

Agrego que tenía un humor que de vez en cuando daba miedo.

—Siento que tienes más que contar —arriesgué.

—Lo hay, pero lo esencial ya lo sabes —replicó.

—Quisiera saberlo todo y no crear tantas teorías posibles. Ya sabes, el público necesita la versión real —le dije con una sonrisa.

—Ustedes siempre nos engañan con un producto convencional —replicó mientras movía las cejas, que parecían decir: «Así es»—. Debes saber que no siempre lo real sale tan bien, al menos, al final. Y lo que tú necesitas es una historia, no una biografía, lo cual es...

—Parecido, pero no igual —completé la oración—. Sin embargo, no quiero dar algo convencional. Créeme que si fueras un libro, ya me faltaría poquito para comprarte.

—Si fuera un buen libro, me hubieses comprado a primera vista —agregó.

—¿Es amor o literatura? —pregunté.

—Se adquiere lo que se ama —respondió y rio.

—¡Tú ganas! Ya no insisto —finalicé.

Era gracioso tratar de pelear con Kensei, no perdía ni una sola partida, aguardaba con una respuesta para toda pregunta. Quería saber más sobre ella, por qué se iba, adónde iría exactamente, si volvería o si iría de vuelta con sus padres.

—¿Tienes novia?

—¿Qué? —me sorprendí.

—¿Qué de qué?

—¿A qué viene la pregunta? —insistí.

—No sé. Pregunto porque sí, ¿vale?

—Ya veo. Y no, no tengo.

—Joder, eso era todo —respiró.

—Pues sí —dije moviendo los hombros.

—Eso dicen los escritores, nunca tienen nada con nadie —respondió,

riéndose—. Lo siento, solo molesto.

—Quisiera responder como se debe —repliqué—. Supongamos que te creo y que aquello no tiene enlace con el momento.

—Pues no lo tiene. Tú sabes mucho sobre mí —agregó mientras levantaba los hombros—, y yo muy poco de ti. Es injusto.

—Por mí no hay problema. Seguro crearás canciones con mi historia —le dije.

—A eso es a lo que llamo un proyecto prometedor —añadió—. Sin embargo, creo que no será posible. Salgo en tres horas hacia Villamil, y mentiría si te digo que volveré.

Fue justo en ese momento cuando saqué el boleto y le pregunté si era suyo. No dudó en arrancarlo de mi mano y cuestionar qué hora lo había tomado. Y ahí íbamos de nuevo, ella olvidando y perdiendo sus cosas, y yo en el lugar y momento precisos para salvarla. Le dije que lo descuidó al levantarse para comprar y lo tomé; agregué que a causa de la entretenida conversación olvidé dárselo. Por momentos parecía un poco molesta.

—Lo siento. —Me disculpé—. Te lo he devuelto aun queriendo que te quedes, dame puntos a favor.

Ella asintió mientras yo negaba con la cabeza.

—¡Gracioso! —exclamó—. Está bien. Debes saber que también me quedo con la duda de saber más acerca de ti, ya te imaginas: tus padres, amigos, estudios. Si pudiera poner en pausa el reloj y seguir hablando sin parar, lo haría. Tiempo ha pasado desde la última vez que hablé de temas tan especiales con un amigo. Sin embargo, no se puede, y aún tengo que ir por ropa al departamento y volver acá.

—Quedan tres horas... —intervine—. Es triste. Promete que me enviarás cartas.

Reímos.

—Supongo que los mensajes de texto llegarían más rápido que las cartas —repliqué—; pero seguro me dirás que no serán tan especiales como las viejas correspondencias. Y no estés triste, he dicho que me iré, no que no puedas venir conmigo. Prometo ser un libro *bestseller* como el de papá.

CAPÍTULO 5

Me fui con ella. Era domingo 17 de noviembre del 2022.

—Al parecer no te quieren en casa —me dijo pasadas las tres horas de viaje—, ¿verdad?

—¿Y ese comentario a qué viene? —repliqué.

—A que no entiendo cómo te vas con una extraña —respondió—, y, encima, lejos.

—No lo eres —repliqué—; ya no eres una extraña. Ahora eres mi compañera, de viaje, al menos.

—¿Hace cuánto nos conocemos? —preguntó—. Apenas dos días, y mira adónde vamos. No lo sabemos, el boleto dice Villamil, pero allí iba sin ti, ahora todo es diferente. No sé qué agregarás o qué corregirás. No estoy lista para nuevas emociones; de hecho, las iba evacuando...

—Si gustas, me bajo en la próxima estación —mencioné mientras veía lo oscuro que estaba el cielo y temía por la posibilidad de una inminente tormenta. Nunca me agradó viajar con lluvia, al menos en auto no. Menos mal íbamos en tren.

Guardó silencio por unos segundos.

—¿Crees que si eso quisiera te hubiese dejado sentarte al lado de la ventana? —dijo, al fin—. ¿En serio lo crees?

—Yo... —tartamudeé. No supe qué responder ante su contundente comentario, solo sonreí y negué.

—No digas nada; no lo arruines, por favor —concluyó.

Cierto es que sí me era ajena, que sí la conocía desde hacía poco; sin embargo, ambos éramos extraños, sin referencia alguna más que nuestra palabra, aunque no lo sentíamos de esa manera. Al contrario, nos entendíamos a la perfección. Como si hubiésemos estado siempre juntos. Cerraba los ojos para intentar dormir y ya me imaginaba un pasado inmenso con ella, donde fuimos a la primaria y luego a la secundaria. La imaginaba en casa ayudando a mamá, cocinando algún postre, jugando con el Xbox o en días de campo. Lo sé, esto es raro. Nadie conoce a una persona y en vez de imaginar un futuro recrea un pasado. Ni yo lo entendía, pero estaba seguro de que hubiese dado mucho con tal de haberla tenido antes: los viajes, la música y mi letra.

—¿En qué piensas? —me preguntó mientras movía la cabeza de izquierda a derecha. Seguro se estresó por no poder dormir.

—Pensé que dormías —le dije—. ¿No eres buena para viajes largos, verdad?

—¡Ey! Yo pregunté primero —exclamó, y enseguida me golpeó la frente—. Y no, no soy buena. ¿Tú lo eres?

—Para nada, siempre hago trampa —respondí y empecé a chasquear los dedos a ritmo lento.

—¿Haces trampa? —preguntó—. Espero no me hayas malentendido.

—Te explico: con papá solíamos hacer viajes largos en las vacaciones. Nos largábamos de quince a cien horas en bus; él dormía las noches enteras y yo lo hacía cuando la luz del videojuego acababa conmigo. Un día olvidé la consola viajando a La Perla, ya te imaginas. Entonces, le pregunté a papá cómo hacía para dormir tanto y de manera fácil; me respondió que por qué preguntaba. Le dije con tristeza que había olvidado el juego. Se rio por unos segundos y luego me dijo que abriera la poma de agua. Partió una pastilla y me la dio. Lo demás es historia. Dormí toda la noche, como nunca lo había hecho antes.

—Eso no es trampa, eso es droga —dijo al fin.

Reímos por varios segundos y alguien atrás hizo un sonido reclamando que no hiciéramos tanta bulla.

—En teoría, tienes razón —acepté—, pero hay que reconocer que es una droga avalada por el Ministerio de Salud.

—Vale... Con el mínimo detalle de que solo se receta en caso de emergencia. Si no, es penado por la ley —agregó.

—Quizá sí eran legales. ¿Sabes?, no se me ocurrió preguntarle.

—Mi duda es si desde aquel entonces perdió importancia la consola.

—No, la seguí llevando —respondí—. Esta es la segunda vez que la olvido. ¡Rayos!

—Espera, ¿qué? —dijo, asombrada, para luego no parar de carcajearse y volver a escuchar un «shhh» desde atrás—. ¿Es en serio?

—No, tarada. Hoy traigo pastillas —le dije.

Asentimos y reímos.

—Mola la idea de las pastillas, pero, seguro no las tomaría por temor a no despertar más. ¿Por qué no traes la consola? —preguntó al fin.

—Hace años que me empezó a estresar en los viajes, en casa la uso poco también. Pero tampoco traigo pastillas en realidad; temo a la dependencia —

respondí.

—Entonces —murmuró—, ¿qué traes ahora?

—Lo de siempre: cámara, *laptop* y libreta. Fue difícil acostumbrarme, pero alguien me dijo una vez: «¿Sabes? Tus sueños son buenos y no lo haces mal. Te admiro. Solo recuerda que el tiempo cada vez va más rápido y que los años tienden a tergiversar nuestras metas o, simplemente, nos ayudan a olvidarlas y, cuando queremos volver, suele ser demasiado tarde». Por ello estoy preparado para que nunca se escape una idea de mi mente.

—Fuerte —intervino—. Esa persona tiene razón y, aunque no te he leído aún, por instinto sé que lo haces bien. Anota lo siguiente: «Kensei será mi mejor historia».

Reímos por unos momentos.

Amo los viajes y amo viajar. Es similar, pero no es igual. Es fácil amar los viajes, es cuestión de que un amigo vaya a ti y te empiece a narrar su aventura: qué bus tomó, qué comió, qué se compró, la chica que conoció, etc. Puedes aburrirte o emocionarte. Por suerte, tengo amigos que saben contar historias y hacen que mis pies se vuelvan ansiosos. Así amas los viajes.

Sin embargo, cuando dejan de ser narraciones y te vuelves el protagonista, todo es diferente. Las experiencias, las angustias y los problemas llegan a pertenecerte. Cuando viajas, olvidas. Cuando viajas, naces de nuevo. Cuando viajas, recuperas tu esencia. Cuando viajas, ya no importa nada; aunque sea solo por un breve periodo de tiempo. Cuando viajas, puedes llorar y reír con libertad.

Pocos conocen lo que es amar a través de la ventana de un tren, de un bus o de un avión. Esa extraña sensación que te involucra en una película desconocida. Lamentablemente, algunos viajan solo en estado físico, su mente sigue en el mismo rollo. Y, en realidad, no viajan, solo se trasladan.

Lo olvidaba, también puedes odiarlos.

Una hora después, Kensei concilió el sueño sin necesidad de colocarse los audífonos. Se echó sobre mi hombro y, minutos después, sobre mis piernas, justo cuando intentaba redactar una carta para mi hermana. No importó. Intenté dormir, lograba hacerlo por pequeños lapsos de tiempo. Cuando despertaba, solo pensaba en las palabras de mi compañera de viaje. ¿A dónde vamos? Era la pregunta que daba vueltas en mi cabeza, junto con otra: qué iba a ser del día de mañana. La inseguridad empezaba a llamarme la atención, como de costumbre.

El viaje a Villamil siempre está entre las doce y quince horas en tren,

depende de la orden dada y de los trazos. Es lento. En varias ocasiones, los pasajeros negocian una prórroga de tiempo para sus necesidades. Hace unos cuatro años no existía esto del tren, solo buses. De hecho, no existía ni un transporte que fuera directo a Villamil.

El cielo empezaba a perder su tono oscuro y, a lo lejos, las nubes empezaban a vestir el especial vestido blanco, ese que defendería a la población de un incandescente sol. De pronto, los parlantes se encendieron y la oficial de turno anunció a los pasajeros que debían alistarse porque el tren haría una escala de cuarenta y cinco minutos en la Ciudad de Milagro, una pequeña población de aproximadamente 133.000. No era exactamente la mitad del viaje, pero era ya la hora de la primera comida del día.

Empecé a hacerle piojitos a Kensei para que despertara, mas su sueño era muy profundo; entonces, opté por tocar su pómulo con los dedos, uno tras otro. Eso tampoco fue suficiente, por lo que decidí susurrar varias veces en su oído: «Es hora de levantarse».

—Para, para, por favor. Es muy temprano para reír —me dijo con un tono pesado.

Quitó mis manos para seguir durmiendo.

—¡Ey, no! —la regañé—. Es hora de alistarse para el desayuno. Vamos, arriba.

—Sí, escuché —replicó—. Aún quedan unos diez minutos.

—Vamos, duermes al regreso —insistí.

—De ninguna manera.

CAPÍTULO 6

Después de exactamente ocho horas de viaje, descendimos del tren a tomar un poco de aire y aprovechamos para comprar un desayuno *express*. Entre idas y vueltas, Kensei ganó la discusión sobre qué comeríamos: *pizza* y yogur nos esperaban. Era una pequeña caseta de comidas rápidas; hamburguesas, *hotdogs* y salchipapas eran las otras opciones. Para beber no podían faltar la hierbaluisa, el anís, el café y la manzanilla en la lista.

—¿Sabes? —me dijo—, no imaginaba una cafetería con *pizza* a esta hora.

—Es cierto —respondí—, aunque tampoco imaginaba que alguien deseara *pizza* y yogur tan temprano en la mañana.

—Tampoco desearía que alguien se quedase sin desayuno —dijo al fin.

Reímos.

La mañana era agradable, estaba en un buen punto medio, no hacía ni frío ni calor, totalmente diferente a Ciudad Central. Kensei llevaba una blusa roja muy fina y *shorts* café. Vestía acorde al clima. Yo, por mi parte, llevaba pantalones cortos y una camisa blanca. A diferencia de mi compañera, tenía unas ojeras de otro mundo, tanto que ella sugirió comprar las pastillas.

—Te haré una pregunta, Caleb —me dijo luego de ordenar el desayuno.

—Adelante.

—¿Por qué has decidido venir conmigo? —preguntó mientras bebía agua.

—¿Recuerdas el mural? —Asintió—. Anoche, antes de ir a verte, pasé de nuevo por allí, quise saber si había algún relato que me sirviese, ideas nuevas... Para ser sincero, no encontré nada interesante. Sin embargo, hubo un escrito anónimo que decía algo así como: «¿Te ha pasado alguna vez que estás buscando un lápiz y lo tienes en la mano? Pues algo similar ocurre con la felicidad. Muchas veces la dejamos pasar por miedo, por prejuicios o por inseguridades, o pensando en el que dirán. Tendemos a olvidar que la felicidad es algo muy valioso y creemos que llegará de la manera más simple. No tomamos riesgos, solo esperamos; y cuando ya no tenemos alternativas, aceptamos las migajas de la vida. ¡Que no te pase! No dejes pasar la felicidad, al menos inténtalo. Puedes ser tú la pieza del rompecabezas que alguien en alguna parte del mundo está buscando».

Guardamos silencio.

Me pregunté quién desayuna *pizza* los domingos. Claro está que en nuestro país no pasaba aquello, nosotros nos íbamos por el seco de pollo, la guatita o el encebollado si estábamos en la costa, y un barril de jugo de naranja. Sabía que en Estados Unidos se daba la *pizza* en el almuerzo, quizás en Cataluña se dé en la mañana. O seguro solo era un capricho. No le pregunté, la *pizza* estaba demasiado buena y el yogur era especial, de frutilla.

Los señores que atendían aquel pequeño local fueron muy amables, no faltaron los buenos días ni el deseo de buen viaje. A diferencia del personal que trabaja en los restaurantes de Ciudad Central, en los pequeños cantones del interior del país te tratan bien y, si es posible, conversan contigo. Ellos son dueños de otras costumbres; son más amables, más respetuosos. Son diferentes. No viven con la inseguridad de ser asaltados cada mañana y mucho menos con el temor a ser apuñalados por la noche, ellos te dan lo que tienen en caso de que te falte algo. Existen malas noticias, es normal, pero en un mínimo porcentaje. Lo que no cambia es la pasión por el fútbol, esa es la misma en cada rincón de la república.

—¿Qué sucedió con tus padres? —preguntó Kensei—. No sé, divago en la incertidumbre. Cada vez que me hablas de hechos donde están involucrados, siento que ya no están; tus ojos se nublan y te pierdes en la narración. Perdona si soy impertinente...

Asentí mientras ella bajaba tristemente la mirada.

—Descuida, te contaré —prometí—, pero cuando estemos sobre ruedas.

Aceptó y luego acaricié sus mejillas.

—¡Está bien! —exclamó—. Será lo primero de lo que se hable.

Cuando terminamos de desayunar, fuimos a realizar nuestras necesidades y a comprar cosas que precisaríamos en el camino. Traté de conseguir algún recuerdo, pero eran escasos en el sector donde estábamos, solo hallé unos lápices y fotos de antaño. Me sentí bien.

Mientras me dirigía al local de comida rápida para encontrarme con Kensei, iba tomando fotos a todo lo que veía, incluso a personas. Seguro pensaban que yo era un gran presumido. En fin, trataba de no parecerlo. Llegué y ella no estaba, así que empecé a caminar para encontrarla, igual que había hecho la noche del viernes. De pronto, escuché mi nombre a lo lejos. Se me hizo difícil de localizar, hasta que una piedra de diminuta golpeó mi frente. Auch.

—¡Ey, Caleb! —gritó alguien—. Ven rápido.

Era Kensei, ¿quién más podía ser en un lugar sin otros conocidos? Estaba con una pareja de ancianos a la cual había ayudado a cruzar la calle.

—Dolió eso —le dije—. ¿No había una piedra más grande?

Los abuelos rieron.

—Calla, lo siento —respondió—, no hacías caso y no se me ocurrió mejor idea. Te esperábamos para sacarnos unas fotos.

—Ya veo —dije al fin—. ¿Y ellos son...?

—Oh, sí, lo siento —respondió, sonriendo—. Mira, ellos llevan cincuenta y cuatro años de casados. Ella se llama Lesbia, tiene ochenta años y es española.

—Vaya, eso es hermoso; mucho gusto, señora Lesbia —intervine—. ¿Y él?

—El gusto es mío, querido joven —dijo la señora.

—Él es Antonio y tiene setenta y nueve años —respondió—. Y ves, están a la par y no se los ve mal.

—Un gusto señor —le dije al señor Antonio.

—¿Ustedes son pareja? —preguntó él.

Sonreímos.

—No señor, apenas y nos conocemos —respondió Kensei.

—Por ahora, solo compañeros de viaje —añadí.

—Oh, lo sentimos —dijo la señora—. Se los ve muy lindos juntos.

—Que dicha la tuya, Caleb —comentó Antonio con una sonrisa—. Pareja o no, cuidala. El viaje es largo y la ruta es traicionera. Es una dama, debes dar tu vida por ella.

—Así será, señor —repliqué—. La vida por la patria.

Reímos todos.

Nos dieron un sermón bastante breve porque, la verdad, estábamos con el tiempo justo, a nada de que nos deje el tren. Kensei sacó unas cincuenta mil fotos e hizo unas cuantas preguntas. Según ella, me ayudarían algún día en tiempos de bloqueo. Muy exagerada.

A medida que pasaban las horas, la conocía un poco más, no exactamente por lo que contaba, sino por su comportamiento, por su actitud y por la forma en la que trataba a cada persona, animal u objeto que tenía por delante. Desbordaba sensibilidad y simpatía cuando era necesario y trataba de pasar desapercibida cuando presentía algún peligro. Entre otros detalles que percibí de ella, noté que sus ojos me abrazaban al mirarme fijamente.

Fuimos los últimos en llegar al tren, pero contábamos aún con algunos minutos libres. Una vez en nuestros asientos, los parlantes se encendieron y el

oficial anunció el reinicio de la ruta y que en menos de seis horas estaríamos en nuestro destino.

CAPÍTULO 7

Debo decir que las conversaciones que llevan los pasajeros en un tren son muy aburridas. No sé el porqué, pero en los buses suelen ser más interesantes. O quizá solo pasa en las grandes ciudades. Lo sé, no debemos escuchar conversaciones ajenas, pero es la realidad, es sociología pura.

—¿Piensas en ellos? —me preguntó ella varias veces.

Estaba perdido.

—Lo siento, ¿qué decías? —respondí luego de unos segundos.

—¿Estás bien? —volvió a preguntar—. Decía si estabas pensando en ellos, en tus padres.

La verdad es que no pensaba en nada, solo sentí un vacío en mí. Algo en el estómago. No era hambre y desconocía qué podía ser; quizás eran mis padres, quizá no. Tal vez la intriga de la ruta; cada vez nos hallábamos más lejos.

—Te contaré —le dije, sonriendo.

—Adelante...

—Has tenido razón, hace mucho tiempo que ellos ya no están conmigo. Mañana se cumplirán exactamente siete años —admití.

Ella entristeció y bajó la mirada.

—Si gustas, podemos dejar el tema aquí —supo decirme—, no quisiera incomodar.

—No, tranquila —repliqué—. Estoy bien.

—Vale, entonces venga —dijo al fin—. Tengo los oídos prestos.

—Papá trabajaba en el área de turismo y de redacción para varias revistas. Llegaba a recorrer el país al menos una vez al año. De paso, solía ser guía de extranjeros. A su vez, mamá trabajaba como diseñadora de interiores y los sábados los dedicaba a la fotografía. Ella ganaba lo justo y papá, unas tres veces más que ella; el dinero nunca fue problema en casa. Los malentendidos llegaban cuando papá pasaba demasiado tiempo fuera sin la familia. Eso mamá no se lo perdonaba.

—Ya veo... —interrumpió Kensei mientras asentía—. Seguro trabajaban en lo que amaban.

Sonreí.

—En 2015, papá llevó a mamá a un viaje de aniversario. Nos dejaron a mi hermana Dana y a mí en casa —continuó.

—Vaya, Dana —murmuró.

—Viajaban a la frontera norte en el auto de papá. La versión de la policía da como referencia que conducían a exceso de velocidad y con unas cuantas botellas de cerveza, razón por la que perdieron el carril y chocaron con un enorme tráiler del gobierno. Otras versiones dicen que fue todo lo contrario, pero en estos casos, ¿cómo apelar?, ¿cómo denunciar en un país fuera de sí?

»Nunca supimos lo que realmente ocurrió, tampoco nuestros tíos decidieron seguir con la investigación. En aquel tiempo, los abogados recurrían a ellos para obtener algún beneficio, sin embargo, nuestra familia nunca cedió. Solo anhelaban cerrar el capítulo y dar el último adiós.

—¡Rayos! —exclamó Kensei—. Cuanto lo siento. No imagino lo terrible que pudieron sentirse.

—Sentíamos como si el cielo se estuviera partiendo y cayendo en pedacitos que teníamos que llevar sobre nuestros hombros. Llorábamos todo el tiempo. El primer año prácticamente lo tiramos a la basura, estar solos era lo único que deseábamos. ¿Sabes? —pregunté—, varias noches los he soñado conduciendo aquel día, llego a ver a mamá feliz de la vida, sin saber que sería la última vez que sonreirá. Cuánto daría para que así haya sido.

—Seguro que sí —afirmó Kensei—; iban escribiendo, tomando fotos o, tal vez, cantando.

—O hablando del poco dinero que les dejaron a sus hijos para pasar la semana —finalicé.

Reímos por unos momentos.

Había pasado tanto tiempo desde el accidente que ya no dolía tanto contar lo sucedido. Sin embargo, en las noches frías o en las que simplemente no podía dormir, las lágrimas decían presente.

Seguimos conversando e imaginando cosas surrealistas. Los ojos de Kensei se volvieron rojizos, al parecer necesitaba un medicamento. Aseguró estar bien y que solo necesitaba dormir. Tomó mi mano para luego echarse una siesta sobre mis piernas. Dijo que lo sentía, pero no encontraba otra posición para dormir. Ella estaba muerta.

En el camino de viaje, mientras te alejas más de casa, tiendes a alegrarte o a entristecerte. Piensas en lo que encontrarás en tu destino: parques, ríos, playas, centros de arte, nuevas personas y grandes experiencias. Y con eso te animas, la adrenalina es leve y sensacional. Pero no lo es todo, también

recuerdas lo que has dejado: los pasatiempos, tus amigos y familiares. Bajas la mirada e intentas no llorar, crees que la solución es cerrar los ojos y tratar de descansar. Sin embargo, aun cerrando los ojos, las lágrimas caen. Esto último me sucedió; mojé el rostro de Kensei tratando de secar el mío. Por inercia, ella se llevó su mano de forma inmediata al rostro, preguntando qué sucedía.

—Ves, te dije, la *pizza* era mucho para ti —acusó—, ahora la extrañas.

Reí.

—Calla, tarada —respondí de inmediato.

—No lo intentes —me dijo con los ojos medio abiertos y mirándome desde su posición de siesta—, deja que partan de ti. Te sentirás mejor.

Negué.

—Bañaré tu rostro y me dejarás en la próxima parada —me acerqué a su oído y susurré—; pensarás que soy débil y que no podré cuidar de ti.

—No seas tonto... —contestó—. No necesito un guardaespaldas, solo estas piernas para dormir. Es más, desde la última vez que lloré desenfrenadamente, me ha ido increíble. Ha vuelto a salir el sol. Venga, ¿no lo crees? Mira ya por dónde vamos. Falta tan poco...

—¿Para llegar o para una contracción muscular por todas las horas que llevamos aquí sentados? —le pregunté irónicamente.

—¿Es en serio? —replicó—. Si sigues así, aseguro dejarte en la próxima estación.

—Te dolerá...

—Es lo que tú crees —me dijo, riendo—. ¡Mira, mira! En la ventana; saca tu cámara.

Entre tanta discusión, encontramos junto a las vías una pequeña población con casas de diferentes colores: azules, rojas, amarillas, verdes, blancas... No era la gran obra de arte, pero a ella la emocionó, y a mí me gustaba verla sonreír. Intercambiamos los puestos y por primera vez en el viaje le prestó atención a lo que estaba al otro lado de la ventana: cerros, ríos, árboles, animales, niños jugando y el cielo. Permaneció así por unos veinte minutos, luego, me confesó que prefiere el pasillo.

—A través del vidrio todo pasa muy rápido y mi estómago se estremece —supo decirme. Ya se imaginan, náuseas.

En ese instante entendí que no me cedió la ventana para detenerme en caso de emergencia. ¿Qué les diré?

CAPÍTULO 8

Llegó el mediodía, cada vez estábamos más cerca. A diferencia de la mañana, esa vez tendríamos de almuerzo un refrigerio por parte de la casa. Como en las películas, comeríamos en los no tan cómodos asientos en movimiento. A quién le importaba. Costillas asadas era el único y delicioso menú. En otras palabras, no había opción; era alimentarse o seguir con la *pizza* que habíamos comprado de la ciudad de Milagro, que ya estaba más que fría.

—Vamos, no está mal el almuerzo —dijo Kensei mientras jugaba con los tenedores.

Le propuse seriedad por un tiempo. Guardamos silencio durante cerca de media hora y nos dedicamos a disfrutar la comida, mas ella empezó a hacer muecas sumamente graciosas, haciéndome difícil perseverar en mi silencio a pesar de que quería mantenerlo. Con las justas lograba devolverle la mueca para no reír. Al ver que se lo ponía difícil, ella empezó a lanzarme granos de arroz y a salpicarme con gotas de agua. «Vamos, tienes que enojarte», fueron sus palabras. «Tira un grano de arroz, no me enojaré».

Sin embargo, sí lo hizo. Me excedí ante la tentación y manché su blusa. Cuando salió del tocador, no me dirigió la palabra y se largó a dormir al lado de la ventana. No le di mucha importancia; me senté a su lado y desembolsé un libro de Blue Jeans que tenía desde hacía mucho tiempo. Era la primera parte de *La chica invisible*. Lo he leído tantas veces que aún me parece increíble que sucedan algunos hechos. Luego recordé el desorden de la saga de Marvel y me pasó. Ocurre siempre cuando no tienes más que hacer, la mente se llena de cosas irrelevantes, te mantiene con curiosidades que no tienen sentido; piensas mucho hasta que necesitas un paracetamol.

Al final, la verdad que no leí. Extrañaba a Dana, sentí la necesidad de escribirle una carta para enviársela por la noche.

Dom/20/09/20, 12:26

De: caleb_diaza@outlook.com

Para: dana.diaz@gmail.com

Asunto: Te quiero más.

Hola, hermana. Espero que te encuentres relativamente bien.

Sabes que no soy bueno para sentimentales llamadas telefónicas, que papá y mamá siempre se quejaban de mí por ser tan frío. Por tal razón siempre prefiero las cartas para temas relevantes. Sé que ahora seguro quisieras tenerme allí y golpearme fuerte por hacerte esto, porque, aunque esté mayor, soy parte de tu responsabilidad. Sé que llevas marcada en la mente la promesa que te obligué a hacer varios años atrás, pero de la misma manera, ahora pido libertad voluntaria. No te asustes, no quiere decir que no volveré. Seguro lo haré pronto. Intento hacer referencia a que ya es hora de que continúes con tu vida; es hora de darle continuidad a tus sueños y a tus metas, aunque ya pronto sé que realizarás una de tantas. Yo ahora siento que estoy en el lugar correcto, en compañía de una persona que espero que sea la correcta, al menos para estas vacaciones sin fecha de retorno. No sabes lo bien que me ha hecho. Quisiera contarte tanto de tan poco que ha pasado, pero lo reservaré para la próxima correspondencia. Te escribiré cada día, estate atenta, Dana.

Te amo, hermanita.

Pd: he vuelto a comer legumbres.

-Caleb-

Para cuando terminé de escribir, la voz que salía por los parlantes del tren anunciaba que en una hora estaríamos en nuestro destino. Con mis ojos muy cansados y rojos, y unas grandes ojeras para el olvido, quise dormir ese último rato.

Tiempo atrás, tuve la intriga de saber cómo las demás personas definen la sensación de saber que están llegando a su lugar de destino. La mayoría de los encuestados no supo responderla, o bien contestaban lo que al caso venía. Un amigo la definió de la siguiente manera: «Uno tiene ansiedad más por las expectativas, por lo que uno espera». Se refería a aquello que aguarda a un viajero, independientemente de cuál sea el objetivo del viaje: trabajo, conferencia, familia o un simple pero emocionante reencuentro con amigos de la secundaria. Si es que en verdad se reúnen. A veces son solo banas promesas que por defecto se realizan.

Yo, por mi parte, defino aquel sentimiento como una sensación indescriptible, inefable y magnífica. Tu estómago se revuelve en medio de un cosquilleo parecido a cuando vas a encontrarte con tu persona favorita; puede ser comparado también con una fiesta sorpresa o con la espera de un regalo. Como diría Tiziano Ferro: «Un regalo que no puedes abrir delante de mucha gente». Sin embargo, va más allá, lo sé.

En el momento en que se anunció que pronto llegaríamos a Vilamil, me sentí tranquilo y luego medité por qué sucedió; porque me conozco, la emoción siempre me gana y empiezo a enviar mensajes por dicha sensación o a publicar en redes sociales; mas esta vez no fue así, no anhelaba el destino, sino que ansiaba los momentos compartidos con Kensei. Mi compañera, quien supo decir que sería un gran libro, el mejor de mi estadía en la tierra; libro del cual sería un protagonista.

Ya no imaginaba un pasado con ella, ya lo había establecido y estaba guardado como si hubiese ocurrido. Mi «yo» interno se preparaba para experiencias inolvidables, de esas que no se pueden contar fácilmente y que te llevan horas junto a cien tazas de café, experiencias que no cualquiera puede conocer, menos apreciar. Aunque no se lo había dicho, y a pesar de que omitía el simple hecho de pensarlo, estaba muriendo por tomar su mano y proponerle que fuéramos por helados. Algo normal y fácil para muchos cuando van en busca de lo simple y de lo efímero. Me agradaba más la idea de ir por lo eterno; lo que queda en el alma aun sabiendo que todo puede disolverse en algún momento, pero ¿por qué no buscar ser la excepción de la regla?

Quería ir por ella a pesar de que ya estaba con ella.

Nos detuvimos en Villamil, eran las doce y media del mediodía.

—¡Caleb! ¡Caleb! —exclamó Kensei varias veces—. Vamos, despierta, despierta que ya llegamos.

Sacudía la cabeza para que me dejara tranquilo, haciéndole creer que no entendía el porqué de su insistencia. Quería conocer su forma de actuar aun en los detalles mínimos. Sin embargo, se desesperó y empezó a ponerse violenta con mi rostro, manos y abdomen. ¡Qué fuerza tenía!

—Párale, ya entendí —dije al fin.

¡Llegamos! Exactamente a la una nos recibía la ciudad de Villamil después de un viaje eterno. Nos dolía todo. Por fortuna, nuestro equipaje no era tan exagerado que digamos: ella llevaba una mochila enorme con sus pertenencias y una más pequeña para sus accesorios de primera mano: cargador, cámara y cosas de mujer, sumándole a eso su guitarra. Yo apenas llevaba un bolso mediano que alcancé a llenar al volver de inmediato a casa. Obviamente ayudé a Kensei con sus pertenencias.

—¿Qué escribías a solas? —Me preguntó por sorpresa cuando caminábamos hacia unos vestidores públicos para luego organizarnos—. Antes de dormirme, volví a ti y estabas escribiendo, te noté muy concentrado.

—¿Sí?, no me percaté —le respondí—. Escribía una carta para mi hermana. Y sé que lo vas a preguntar; sí, la extraño, como debe de ser normal. Pero sentía sobre todo un poco de dolor, si lo podemos llamar así, por el hecho de no haberle explicado la situación y solo marcharme mientras ella no estaba en casa.

Asintió.

—Mal, muy mal niño —me dijo, previo a darme unas palmadas en la espalda—. Recuerda, estás acá porque lo has querido y, antes de que lo preguntes, sí, quiero que sigas aquí, cerca. Pero también quiero que te sientas bien. Caso contrario, esto que aún no defino que es no tendría sentido.

Traté de responderle y me pidió que no lo hiciera, que no lo arruinara. Entonces, la abracé para dejarla sin palabras.

—¿Por qué lo haces? —preguntó Kensei

—¿Por qué hago qué? —cuestioné.

—Venga, el abrazo.

—Es a causa del frío.

—Oh, sí.

—Sí —afirmé.

—Vale, ¡que sí!

—Verás que acá dicen que hace un frío voraz en estos meses.

—¿Qué tratas de decir?

—Que hará frío —reitero.

—¡Mola!

—¿Eh?

—El frío... me mola.

—En español por favor.

El camino desde la estación hasta el centro de la ciudad era pintoresco. Algunas casas se alzaban a nuestros lados entre centenares de árboles. Al levantar la mirada, en la lejanía se veían también pequeños cerros. Y, aunque a medida que nos acercábamos a la parte más urbana el tráfico se volvía más pesado, las calles no estaban tan atestadas como en Ciudad Central. Era mi segunda vez allí, de niño había visitado. Había pasado ya mucho tiempo y los recuerdos no servían; el hotel de aquella ocasión ya no estaba, el restaurante tampoco. Y qué decir de la niña que vendía junto a su mamá papas rellenas.

Al salir de la estación, habíamos tenido un problema con la mochila pequeña de Kensei: ella no se percató de un fierro despegado del torniquete. Por fortuna, como el daño no pasó a mayores, continuamos sin detenernos hasta un pequeño hostel que ella había consultado desde Ciudad Central y que solo tenía una habitación disponible.

El sitio estaba en una ubicación bastante buena. Además, desde la ventana de nuestra habitación podía verse, a lo lejos, la playa. El establecimiento estaba cerca de la Plaza Cívica, llena de árboles y de monumentos.

Yo sabía que la plaza era muy atractiva, así que le propuse a mi compañera que fuéramos a tomar unas fotos, pero ella estaba rendida.

Sus palabras fueron: «Venga, tío, ya no puedo más, y la brisa del mar me va a echar a dormir».

Tan agotada estaba que, mientras ordenábamos nuestro equipaje en la habitación, se quedó completamente dormida. ¡En estado de coma!

Tiré unas frazadas sobre Kensei al ver cómo se abrazaba a causa de la fría tarde. Al finalizar con mi equipaje.

Hacia las seis de la tarde, mientras la noche se avecinaba junto a la luna y a su equipo de estrellas, decidí salir a caminar y a comprar unos implementos que seguro necesitaría para la estadía: más playeras y bloqueador solar. Realicé varias fotografías en la plaza, donde había muchas iguanas. A sus alrededores

se levantaban varios locales de comida rápida y una que otra tienda de ropa.

El cansancio volvía a mí y las fuerzas se me agotaban. Estando seguro de que aquella noche ya no saldríamos, fui a comprar unas galletas para Kensei en caso de que tuviera ganas de comer algo. Llevé también frutas y un poco de chocolate.

Al llegar a la puerta del hotel, una niña de unos doce años se me acercó a ofrecerme unas flores. Le dije que no, que quizá mañana, que ahora no tenía a quien obsequiárselas. Solo quería entrar y dormir. Sin embargo, ella insistió.

—Usted lleva dos bebidas de chocolate, dos fundas de galleta —dijo señalando la bolsa transparente— y me dice que no tiene a quien regalarle flores. No.

—Pero...

—Pero nada —interrumpió—. ¿Se imagina cuánto podría mejorar esta flor la relación entre su novia y usted?

—No es mi novia... —repliqué.

—Ah, entonces sí está con una chica —sostuvo mientras me miraba fijamente con cara de pocos amigos—. No quisiera imaginarme lo que allá arriba hacen si no son novios. ¿A quién engañan? ¿Ah?

Reí mientras negaba con la cabeza.

—Tú no debes imaginarte nada. Allí arriba solo comparto dormitorio con una amiga. Acá llevo bocados y frutas para que se alimente. ¿Es o no lo que deberían hacer los amigos? —le pregunté al arrodillarme para quedar de su tamaño.

Cruzó los brazos para luego asentir. Pensé que con eso había terminado la negociación.

—Está bien. Usted gana —dijo al fin—, sin embargo, quisiera pronunciarle con un último argumento.

—Bien, adelante —acepté.

—Si usted trae todo eso para su amiga, es porque le importa. Y aquí entre nos, cuando usted habla de ella se le forma una sonrisa rara en su rostro, joven —dijo la pequeña empresaria antes de detenerme cuando hice el intento de marcharme—: Aguarde, aún no termino. Usted podrá irse ahora y, quizá, cuando vaya subiendo, se arrepentirá y llegará a la conclusión de que a pesar de su negación, por dentro muere de ganas de regalarle unas flores. Porque si no lo hace usted, ¿quién lo hará? —concluyó—. Y no, ya no lo molestaré. Hasta una próxima vez.

Aquella niña me dejó sin palabras; no sabía que ahora las entrenaban

desde pequeñas para persuadir a los hombres. No me imaginaba cómo sería esa pequeña de grande; de seguro no perdería un solo caso si se volviera abogada.

Al terminar, no dejó que le contestara, sino que dio la vuelta y empezó a caminar lentamente. Aún no tenía ni quince años y ya llevaba dramas en su repertorio. Mientras la observaba, pensé que quizá podría tener razón. Si no le llevo yo flores, ¿quién más podría hacerlo?

—¡Ey, niña! ¡Está bien! —le grité.

No me hizo caso, no me quedo más que correr hacia ella.

—¿No que no? —me dijo al fin.

—No empecemos de nuevo — le pedí—. ¿Me das aquellas rojas? Y las azules que están a la derecha.

—Por cierto, quiero decirle algo, señor.

—Sí...

—Soy inteligente, pero no tanto como para deducir que está con alguien.

—¿Entonces?

—Entonces los observé hace unas horas, cuando su pareja y usted llegaron.

—Genial. Retiro lo dicho.

—¡Pero qué irrespetuoso!

Llegué al departamento; ella seguía profundamente dormida. Coloqué las rosas rojas cerca del lado de ella, sobre la almohada. Dejé las azules sobre la mesa, donde también puse el chocolate, que seguro iba a enfriarse, y las galletas.

Tomé una ducha caliente para luego echarme al sofá y dar fin a un día eterno.

CAPÍTULO 9

La noche anterior pregunté a un anciano sobre cómo eran las mañanas en la ciudad y con buena actitud me respondió: «Las mañanas en Villamil en estos meses, son de aquellas que te impulsan a seguir durmiendo, a buscar otra cobija y abrazar la almohada, las que tengas. La alarma suena y la desactivas. No deberían existir alarmas en las vacaciones. Las mañanas en Villamil suelen ser soleadas también, intensamente soleadas.».

No recuerdo la hora, quizás aún era de madrugada, Kensei besó mi mejilla y me agradeció en un susurro. Tenía las rosas en sus manos. Luego de unos minutos, tiró sobre mí las frazadas que en la noche arrojé sobre ella. Sin tener razón horaria, seguí durmiendo por un corto tiempo, no soy bueno para dormir después de que alguien me haya hablado por la mañana. Solo intentarlo me causa jaqueca.

Rayos del sol entraban por el balcón mientras yo meditaba con los ojos cerrados. Meditaba sobre el resto del día: a dónde ir y qué haríamos, y bueno, recordaba que de seguro Kensei tenía un plan o un deseo por el cual quería estar en la ciudad.

¡Me levanté! Eran las nueve de la mañana y algo más, ella escribía en un cuaderno, era el mismo que llevaba en la heladería. Al percatarse de mi presencia, lo guardó y, de espaldas a mí, me dio los buenos días. Le pregunté acerca del cuaderno y respondió que solo escribía para su familia en su diario, que luego seguiría.

Con autoridad, me pidió que vaya a alistarme para ir por un desayuno diferente: que el chocolate se enfrió y que las galletas no son sus favoritas, que las comió por respeto. No le creí, me le reí. Hice lo que me pidió y fui a alistarme, luego fue ella. Me pidió que la esperase fuera del hotel.

Ya se imaginan cuánto demoró.

Mientras la esperaba, me senté en la vereda y empecé a escribir todo lo que veía: el enorme sol junto a las suaves nubes, la pareja de ancianos que caminaba hacia el mercado con una canasta, la niña que paseaba en bicicleta y los chicos de mi edad que, con la camisa de su equipo de fútbol, hablaban de una nueva victoria. Una mañana diferente y con tranquilidad.

Ella llegó, tapó mis ojos como si alguien más pudiese hacerlo en ese momento; por jugar, empecé a tirar nombres al azar, hasta que ella presionó con más fuerza y dije el suyo.

—¡Kensei! —exclamé—. Te extrañaba.

Ella sonrió.

—¿Cómo respondo sin sonrojarme? —preguntó mientras chocaba los dedos índices— ¿Te gusto?

—Eh... —no supe que decir.

—Que si te gustó como he venido vestida —dijo quitándome las manos de los ojos.

—Con tilde suena diferente —dije al fin.

Reímos.

Estaba de lo más linda, sin maquillaje y con un peinado que realzaba su sonrisa. Entendí el porqué de la espera; eso no era todo, una flor azul cruzaba su cabello sobre su oído derecho, no podría decir que nunca la vi tan hermosa, pero podía decir que nunca vi una joven igual. Sonreía y las nubes se apartaban para que el sol viera cómo se resplandece sin tanta violencia.

Caminamos por el malecón, admirando todo lo que se mostraba a nuestro paso. Intenté sacar fotos junto a las aves, pero no pudo ser, volaban al tenernos cerca. En algún momento, le pedimos a un turista que tomara algunas fotos y vaya que lo hizo bien.

Después de mucho caminar buscando qué comer, terminamos en un asado de pescado al aire libre con una familia Villamilense que celebraba el cumpleaños de hijo menor en una cabaña sobre la arena a pocos metros del mar. Nos tomó desprevenidos; quizá fue por la emoción o tal vez por la cerveza a media mañana, qué sé yo, quizás así son en Villamil o simplemente detectaron señales de hambre en nuestros rostros. Fue extraño.

Era un barrio muy alegre, algunos vecinos hacían ejercicios y otros solo conversaban. Hablamos sobre muchas cosas. Ellos nos preguntaban sobre nuestra estadía en la ciudad y nosotros consultábamos sobre las peculiaridades del sitio. Se generó un ambiente cálido y entretenido. Germán, el padre de la familia, era muy atento y se encantó con Kensei cuando ella empezó a cantarle a Carlos, el cumpleañosero.

—¿Sucedió algo mientras te alistabas? —pregunté.

—No... —respondió—, ¿por qué lo dices?

—Estás diferente, no sabría cómo explicarlo —respondí.

—Dilo...

—Enérgica.

Reí.

—Tarado, soy yo —aclaró—, vamos, sin asustarse.

¡Qué feliz estaba ella! ¡Qué alegre! Corría de un lado a otro, platicaba y reía, tanto así que a mi mente llegó la idea de que quizá se estaba desahogando, quitándose todo estrés de encima.

Cuando salimos de allí, Kensei me propuso correr; y cuando le pregunté hacia dónde, solo me dijo:

—Sígueme, vamos hacia los cerros.

Estaba loca, pero hacia allá íbamos. Corrimos y, claro, no llegamos más que hasta una inmensa área verde donde las personas pasaban los días en familia. Ella no se cansaba, empezó a cantar, alto, sin miedo a que la que la escucharan. Sabía que lo hacía bien.

Íbamos de un lugar a otro. La llevé en mi espalda y caímos mientras gritábamos al cielo agradeciendo por todo: por las aves, por las plantas por el agua, por la tierra y por la *pizza*.

—Espera —me dijo.

—Sí, qué sucede —respondí.

—Bien, allá arriba hay un ser supremo sí o sí, y quiero seguir agradeciendo, sé que es raro, no me veo como una persona que agradece, aunque confío en no verme como una persona que tampoco lo hace... es confuso lo que digo, lo sé. Entre tanto y tanto que se puede agradecer, y aunque parezca demente, quisiera gritar y agradecer por ti, sin la necesidad de preguntar por qué lo hago, aunque seguro lo harás. Hoy es un día diferente hoy no quiero pensar, hoy no quiero pensar.

Asentí.

—Y no digas nada, no lo arruines —añadió ella.

Asentí de nuevo.

—¿Por qué?

—Calla.

Reímos.

Justo en aquel momento entendí que sí, estaba desahogándose. Sé de personas que se desahogan llorando, otras confesándose y otras con algún vicio, me ha pasado; pero escuchar de alguien que hacía lo contrario, no. Su batalla de lejos era muy grande, no sabía qué problemas llevaba encima; ni la más mínima idea tenía, me basaba en suposiciones mientras la observaba vivir.

—¿Te imaginas tocar esta noche allí? —me preguntó más tarde mientras leíamos en el balcón de la habitación, frente a la Plaza Cívica—. Es grande. Dicen que antes no lo era tanto.

—¿Acaso no vinimos también para eso? —cuestioné.

Reímos y la flor azul cayó de su cabello luego de tantas horas.

—Sí, lo hago siempre, en cada lugar que me lo permite, recuerda que hay sitios y sitios —respondió—. Solo que esa plaza es especial desde el nombre. Además, estoy contigo, somos un equipo; también tocas, no sé si cantes, pero seguro podrás relatar tus fragmentos...

Asentí.

No era una mala idea.

—Suenan bien —le dije—. De hecho, hace un año lo hice con unos amigos, de la nada, solo sucedió. Hay que hacerlo, ya te imagino allí siendo aplaudida.

—¡Aplaudidos! —exclamó—. Somos dos, si hablas en singular de nuevo te golpeo. Y no vale andar viendo chicas, ni de reojo.

Asentí.

—Como usted ordene —concluí.

Juro que si ella me decía mientras sonreía para ir a Marte, yo me iba con ella. De a poco me mataba.

Hacia las cinco de la tarde nos dimos un espacio para asuntos personales y familiares. Kensei había ido por unas cuerdas de emergencia para la guitarra y a sacar unas fotos para la familia. Me enteré después que habló con su papá mientras caminaba. Por mi parte, salí a realizar preguntas a las personas, me interesaba la idea de conocer la cosmovisión de la vida desde otro punto del país. Quería palpar la teoría de que los capitalinos éramos un mundo aparte.

Joaquín, un anciano de setenta años lo sostuvo: «Aunque no queramos aceptarlo, en la capital todo es diferente: la política, las leyes, la policía y quizás hasta los bomberos. No lo sé, tienes que vivirlo, solo te afirmo que acá no nos comparamos; anhelamos ser diferentes, aquello nos fue inculcado desde pequeños. Velamos por nuestros valores para que muchachos como tú vuelvan siempre. Ciudad Central y La Perla, siguen siendo parte de mi patria y, como tales, espero que sean un ejemplo para el resto de la nación».

Muy amable el señor, luego me realizó la misma pregunta y nos entendimos mejor. Me invitó un refresco como quien quería alargar la charla. Así fue, le conté que escribía y él se asombró un poco. Dijo que la generación actual ya

no lee como antes y que, según esa referencia, son pocos los que escriben. Supo decirme que era un amante del periodismo literario y que su afición iba por el gran Gabriel García Márquez.

Mientras conversábamos, él se fijó en unas mujeres que pasaban por delante de nosotros, se sacó el sombrero mientras las elogiaba, fue gracioso y reí.

—Guapas, ¿verdad? —me preguntó suspirando.

—Don Joaquín —le dije—. ¿Cómo se vive el romance en Villamil? ¿Cómo se vivía el romance en su juventud?

—Esa es una excelente pregunta, me harás echarle un ojo al pasado hijo —respondió—. Anota, toma apuntes.

Reí.

—Adelante.

—¿Cómo se vivía el romance en mi época? —inició—. Aquí el romance empezaba desde la noche anterior, llamabas a su casa y te sentabas con sus padres para darte a conocer y pedir permiso para una salida con su hija. Luego hablabas con ella para saber a qué hora sería, claro, en caso de haber tenido suerte. Asumiendo que la tenías, te ibas a dormir con unas ansias enormes de que llegase la mañana para ir por ella, ese era otro cuento, sabías que estarías al frente de la niña más hermosa, al menos para ti, y realmente así era. Ella se colocaba el mejor de sus vestidos, floreados o de un color simple; escogía el mejor y, cuando era, así sabías que estaba destinada para ti. Porque la verdad es que cuando una mujer no se veía en un futuro contigo ni sombreaba su rostro... triste, pero cierto. —Hizo una pausa—. Caminabas con ella, charlabas, reías y era crucial el hecho de no dejar pasar una flor para regalarle. Ellas sonreían, ahora no sé, espero y sigan sonriendo. Por cierto, si regalabas una flor y ella se la cruzaba en el cabello, ya estabas del otro lado.

—¿Si se la cruza en el cabello dice? —interrumpí.

—Era tuya, solo que no lo sabías.

Y entonces Joaquín me dejó en la nada.

—Sabes, algo que las enloquecía eran las cartas. No teníamos esa libertad de vernos siempre, las buenas chicas eran reservadas y además no existía esto del teléfono. Muchos de ahora no soportarían volver al pasado, no serían capaces de soportar la espera y la ansiedad de hablar a cada hora.

—Muchos dicen que la tecnología va apagando el verdadero romance, lo tergiversa y entrega uno no tan convincente, de hecho, ya ni la palabra romance se utiliza.

Él entristeció.

—Déjame decirte que los escritores tendrán el poder de revertir el panorama; sigue escribiendo acerca de esto, transmite un mensaje diferente al mundo, alguien te leerá de seguro. Es así. Tienes las herramientas —sostuvo Joaquín.

—Lo intentaré.

—Por cierto, cuida de ella —añadió.

—¿Ella? —pregunté, no le había contado de nadie.

—No me lo has dicho, pero sé que esa sonrisa que muestras al hablar del romance no viene del aire —respondió firmemente—. No te dije acerca del romance en Villamil porque creo que no depende del lugar, sino de los actores; aunque no te niego, la ciudad y sus playas siempre te darán el mejor ambiente para enamorarte por completo.

Volví al departamento corriendo, más que emocionado para contarle a Kensei que había conocido a un viejo astuto, tan apurado estaba que por poco caigo al subir las escaleras. Toqué la puerta despacio y ella no escuchó a la primera llamada. Pensé que estaría dormida o que aún no llegaba, sin embargo, antes de volver a tocar pude escucharla cantando, entonces toqué más fuerte.

—Vaya, ¿tú de nuevo? —consultó al abrir la puerta.

—¡Sí! Vengo a evaluar esa afinación, tiene que ser perfecta —respondí sin dejar de mirarla fijo.

Ella guardó silencio.

—Adelante —dijo al fin—. ¿No desea tomar una tática de café?

—¿No será mucha molestia? —repliqué

—De ninguna manera —respondió—. Sirva usted mismo.

Reímos.

CAPÍTULO 10

Al caer la noche alistamos todo para ir a la plaza, dónde también quedaba el municipio de la ciudad; al parecer renovado. Guitarra, cámara, micrófonos y un corto banco nos bastaron para echarnos al ruedo. Queríamos que sea algo lindo.

—¡Ey! —la llamé.

—Dime Caleb...

—Quería saber algo.

—Vale, sí...

—¿Hablaste con tu familia? —le pregunté mientras caminábamos.

—Sí, un poco —respondió—. No te lo dije, pero en cuanto a ser expresivo a través de llamadas, soy como tú; en otras palabras: ¡No lo soy! Prefiero escribir, siento que de esa forma llegó más al corazón de mi familia. Tú me entiendes.

—Ya veo... —susurré—, te entiendo. Es normal. Las llamadas son lo más cercano, pero a la vez lo más cortante.

—¿Y los *chats*?

—Y los *chats* son muy hipócritas... —agregué con humor.

—Quizá nuestro problema es el pánico a no decir en vivo lo que la otra persona espera que digamos —dijo Kensei—, sería una especie de «vivofobia».

—¿Que traducido sería? —pregunté.

—Temor a expresarnos en vivo —respondió.

Reímos.

Estaba seguro de que temor no era, solo el hecho de creer que las mejores palabras se escriben con calma.

—¡Bien dicho! —exclamé—. Muy bien Kensei, muy bien.

—Sí, por eso también les escribí —admitió—. Hablamos, pero acerca de hechos puntuales: sobre mi estadía, sobre cómo llegué y demás.

—¿Le contaste sobre mí? —pregunté bisbiseando.

—Sí, y me dejaron claro que tengo que dejarte ir en unos cinco años —respondió bromeando e hizo una pausa—. No te preocupes, no es cierto. Es

más, quizá mamá llame luego para conversar contigo. No sé qué pasó con ella, nunca antes me prestó atención cuando le hablé acerca de un chico.

Asentí.

—Entiendo, debe de ser raro —le dije.

—Muy raro. Y para finalizar dijo que estás un poco loco.

Llegamos a la plaza y ubicamos con paciencia todo en su lugar. La noche estaba linda o, en términos de músicos, la noche estaba tocable y palpable. ¡Hacía frío! Las personas de a poco llegaban en familia a la plaza. Niños curiosos empezaban a acercarse a nuestro pequeño escenario. No éramos los únicos allí, había más músicos y comediantes callejeros; cruzamos unas cuantas palabras con algunos y con otros mantuvimos pequeñas charlas; también había pintores que daban color a la noche. En fin, la plaza era inmensa y, a pesar de ser lunes, parecía un fin de semana.

Llegó el momento. Con un guiño, mi compañera me hizo saber que estábamos listos para iniciar la primera sesión.

—Hola, buenas noches, agradecemos su presencia en este lugar —inició ella con un saludo a grupo de jóvenes que se acercaban lentamente—. Mi nombre es Kensei y el de mi compañero que está allí atrás con la cámara es Caleb. Sí, lo sé, es apuesto y viene conmigo...

Con un toque de gracia y confianza soné el primer rasgado, ella cerró los ojos y el deleite empezó. Cantaba con todas sus fuerzas, con toda la pasión que alguien puede tener y aplicar haciendo lo que ama. Ella podía tocar la guitarra y cantar mientras veía hacia la nada; y yo, yo no podía hacerlo, la miraba inconscientemente, la nada era ella, y en la nada... ella era todo. ¡Fuerte!

Nos sacaron mil fotos mientras ella entonaba sus inéditas canciones e interpretaba otras de antaño. Al público se lo ganó desde la primera canción y, a pesar de no tener ninguna intención de generar dinero, a la quinta canción nuestros pies volaban en monedas de cincuenta centavos. Era lo de menos, Kensei intimidaba cada vez que una persona se acercaba a dejar dinero; alzaba sus hombros lentamente y sonreía para luego susurrar: «Ya que...».

Pasados alrededor de cuarenta minutos, Kensei dio un *stop* para hablar e interactuar.

—¡Son muchos! —exclamó al notar la cantidad de personas, cerca de cincuenta, sin contar los que llegaron por unos momentos—. Infinitas gracias, la estamos pasando muy bien. Les pido que aún no se vayan, esto es solo tiempo corto para conocerlos...

Y así, de pronto empezó a comunicarse con ellos. Transformó el escenario

en un concierto privado.

—Esta es mi primera vez aquí en Villamil, Caleb me ha contado que visitó cuando era niño, pero no recuerda mucho, de tal manera que también la considera como su primera vez. Llegamos ayer y ya hemos sentido el refrescante amor de su gente. No sabemos hasta cuando estaremos aquí, mas, a este paso, seguro que no nos vamos nunca. ¿Qué dices, Caleb?

—Kensei tiene razón, no pude haberlo dicho mejor. Las personas de Villamil son increíbles, son amables, respetuosas y, claro, también espontáneas. Yo me dedico a escribir textos cercanos a la poesía, no tengo un nombre técnico, podemos usar la palabra «reflexiones». Hace poco empecé a escribir novelas cortas, aún no las termino. También sé de música, pero no tanto como la profesional que tengo a mi lado —admití. La gente reía mientras Kensei palmeaba mi espalda—. Esta tarde quise escribir acerca de la ciudad, planeaba charlar con al menos cinco personas para elaborar un relato creíble, sin embargo, el tiempo se me fue con don Joaquín, un señor que vale oro. Empezamos por la política y finalizamos debatiendo sobre el romance actual. Entonces elaboré el siguiente texto, atención. La segunda parte era mía, relataría mientras Kensei entonaba.

—*¿Dónde quedaron las cartas de amor?* —tituló Kensei.

Y yo comencé a recitar:

¿Dónde quedó el lápiz? ¿Dónde quedó el papel? ¿Dónde quedó el sobre? ¿Dónde quedaron las cartas de amor? Me pregunto yo, se preguntan nuestros padres, y qué decir de nuestros abuelos, los que se esforzaban en realizar su mejor letra, en encontrar la mejor hoja del cuaderno; los que se desvelaban tratando de encajar palabras que pudieran expresar perfectamente sus inefables sentimientos.

Ellos (nuestros abuelos) no conocían WhatsApp, Facebook, Twitter y mucho menos el correo electrónico... ¡No existían tales cosas! Ellos sabían que estaban a una carta de distancia del amor de su vida y no a una vaga solicitud en tal red social. Ellos sabían que para conocerse a fondo no necesitaban de cinco o de diez horas frente al monitor, sino de una serie de correspondencias con las cuales tranquilamente se podía publicar un libro que sin duda sería bestseller; y claro, también se necesitaba del eterno mediador que se conectaba al otro para que aquel mensaje llegase a su destino sano y salvo. Este último aún existe, tan solo que la función ha cambiado.

Es que no se trataba de un simple: «¡Hola!, ¿cómo estás?». No, que va. En aquellas cartas dejaban el corazón, la vida se les iba mientras esperaban por la respuesta. ¿Te imaginas los nervios que sentía el abuelo esperando por la carta de la abuela? Quizá no se compara ni al sí de vuestras novias. Lo sé, he exagerado un poco. Sin embargo, me atrevo a pensar que por aquellas circunstancias (intensa espera) nuestros abuelos son un poco más pacientes, no se inquietan, ante los problemas se van al viejo sillón con un libro y mandan a la abuela por un café como si nada pasara.

Hoy en día nos desesperamos por todo, no toleramos el silencio en nuestros chats y en la red colgamos mensajes donde mencionamos que la mejor pareja es la que te responde a cada segundo, es la que no tiene que hablar con sus amigos o con amigas luego de una intensa jornada de trabajo. Solo contigo. Que la pareja ideal es aquella que se queda contigo aunque esté muriendo de sueño, ¡y pobre de que se duerma sin despedirse! Posiblemente tenga que cambiar el estado de la relación.

Qué bendición los que tuvimos la dicha de nacer en la época en la que lo tradicional se mantenía y lo digital no era tan fuerte como ahora. Que se encienda una vela por los que alcanzamos a escribir una que otra carta creyendo saber de qué trataba el amor.

¿Recuerdas a quién le enviaste aquella primera carta?

¿Recuerdas cuando abriste el sobre y te encontraste con un «sí» inmenso?

Seguro pensabas que iba a ser para siempre, seguro y fue de lo más efímero. ¡Qué importa ya!

Siempre se habla de no volver a las cosas del pasado, y con justa razón. Sin embargo, a veces vale mirar veinte, cincuenta o cien años atrás y preguntarnos por qué en las relaciones de nuestros abuelos duraba el «hasta que la muerte los separe». ¡Relaciones eternas!

¡Ánimo! Hoy es un buen día para volver al pasado, seguro él o ella valorará la carta. Por el simple hecho que ya pocos lo hacen.

Cuando concluí, me fue inevitable no apreciar el asombro de las personas, era un texto que pensé perfeccionar luego, sin embargo, cumplió el objetivo. Lo aplausos no se hicieron esperar. Sin más que decir, continué con todo mi repertorio. Me sentía bien.

Kensei había dejado su guitarra para empezar a sacarme fotos, fue raro; no estaba acostumbrado a que una chica hiciera eso de la nada; ni mi hermana me retrataba cuando se lo pedía. Más tarde, invertimos roles en el escenario, aunque yo preferí filmarla.

—Para finalizar les daré uno de mis textos preferidos, lo escribí hace muy poco también, se titula: *Esperar por ella*.

Esperar por ella va más allá de la ansiedad que muchos estudiantes tenemos por el café a medianoche y el deseo de que este se nos lleve el sueño hasta acabar con los libros. Esperar por ella no se compara a las ganas de terminar finalmente con la universidad y luego ir por las maestrías y doctorados. No tiene punto de referencia.

Esperar por ella va más allá que aquel absurdo y tonto anhelo de que cuatros años pasen volando para que llegue un nuevo mundial fútbol. ¡Va más allá! Más allá de gritar un gol de nuestro equipo en una final contra el clásico rival. Y ser campeones. ¡Yo lo viví! Sin embargo, no es igual.

Esperar por ella puede compararse con aquel viaje que deseamos desde pequeños y no pudimos cumplir hasta que papá tuvo el dinero... Y quizá, quizá nos decepcionamos porque no era como lo previmos, pero no importó, porque se hizo realidad. Realmente va más allá. Y lo vivido nadie lo quita.

Esperar por ella puede convertirte en una persona obsesionada y obstinada, pero también en una persona perseverante. Esperar por ella puede cambiar tu vida, para bien o para mal. Tú eliges. Yo elegí la parte buena, y puedo certificar que esperar puede ser la razón de darle un nuevo enfoque al mundo. De hecho, podrías cambiarlo.

Analizas, reflexionas, te das tiempo para convertirte en la persona que tu ayuda idónea necesita. Y no necesariamente necesitarás de un gimnasio. Quizá sí de algunos libros sobre valores, sobre economía o sobre familia, entre tantos.

Esperar por ella le dará sentido a tus mañanas y un motivo para soñar en las noches.

Esperar por ella te hará cambiarle la letra a la música y solo quedarte con la melodía, empezar a escribir cursilerías o lamentos.

Pero aguarda, la espera te llevará a tiempos de soledad y a un sinnúmero de cuestionamientos: ¿Será que vale pena? ¿Será que en ella permanecerá el sentimiento? ¿Será que de verdad me quiere? Y todo será si olvidas que ella es el motivo de tu sonrisa. Una vez aprendí que esperar y soportar es para valientes, que queremos todo al instante; tanto así que lo que debería de ser eterno ha pasado a ser efímero. Pero vamos aprendiendo, nos vamos centrando.

Por último, sabes que la espera es correcta cuando, sin importar hacia donde corras, terminas siempre abrazado a ella.

Realmente el no saber esperar es un mal que nos acecha y que de a poco nos acaba. Y no necesariamente me refiero al amor y a su combinación. Hago referencia a todos los aspectos de nuestra vida. Invito a tomar nuestros días con más calma que hasta ahora, valoremos el café, valoremos a quien dispuso de tiempo para acompañarnos a conversar por unas horas. Abracemos más y no temamos a ser espontáneos con nuestros seres queridos. Padres no tengan en poco a sus hijos, ya que son el sueño por el que esperaron desde siempre. Hijos no tengan en poco a sus padres, un día se irán y será triste, dolerá. Ámense con paciencia, tolérense.

Mientras todos aplaudían Kensei me hizo una pregunta:

—¿Siempre eres así? —preguntó ella.

—¿Así cómo?

—Venga, así tan reflexivo...

—A veces, trato de ser exacto —respondí.

—¿Funciona?

—Para distraer.

—Posees mucha...

—¿Mucha? —interrogué.

—Labia...¹

CAPÍTULO 11

—Realmente lo haces bien —me dijo Kensei mientras caminábamos—, escribes con el alma.

—¿Muy aparte de la labia?

—Muy aparte.

—Seguro que no al mismo nivel que tú cantas —le dije—; cuando cantas, el cielo se abre y las estrellas brillan más de lo normal.

—No te vayas por la tangente, permíteme halagarte como se merece —concluyó.

Es realmente indescriptible la sensación que te deja el hecho de saber que has podido llegar a una parte del mundo con tu mensaje, con tu esencia, con lo que eres. Me mantengo firme en la siguiente idea: lo que hacemos siempre será con un propósito: para el mundo, para un país, para una ciudad o para unas cuantas personas. Aunque creas que con tu material no ayudarías mucho o que simplemente no servirá, puede que sea solo el temor para impactar.

—Aún no entiendo cómo estando en una ciudad que produce tan buen vino no hemos probado uno —supe decirle.

Ella asintió.

—Pues, dinero tenemos y el vino abunda —dijo al fin—, no te aflijas, tarado.

Sin tanta palabrería, pedimos el mejor vino y la *pizza* más grande alcohólicos no éramos, lo aseguro, pero sí un par de glotones. Quisimos pasar la noche sobre un césped y charlar allí hasta el amanecer, mas no se pudo, nos corrieron diciendo que podía ser peligroso. Sin tantas ganas de objetar fuimos obedientes, tenía razón el guardia, por poco era medianoche.

Llegamos al departamento con la comida. Encendimos la música a bajo volumen y nos sentamos de nuevo en el balcón. La vista era preciosa. Mientras ella se encargaba de la *pizza* y yo servía el vino, le pregunté:

—¿Eres feliz?

—¿A qué viene la pregunta? —respondió ella.

Guardé silencio mientras la miraba. Segundos más tarde, tomé su rostro con mis manos para acercarlo hacia mí y poder besar su frente.

—Yo cuidaré de ti, ahora solo vive —susurré cerca de su oído.

«¿Qué hice?!», pensé de inmediato.

Acercarme a ella fue más que un impulso, fue un momento lleno de inefabilidad; no quería besarla, no quería insinuarme, solo quería que se sintiera querida, amada a través de una compañía sincera, de un abrazo, de un amigo que posiblemente se enamoraría de ella. Era inevitable, eso dicen los ancianos. Uno siempre termina enganchado de quien pasa más tiempo a su lado; seguro no es solo eso.

Ella guardó silencio por unos segundos.

—Sabes —dijo al fin—, no sé si era feliz, quizá sí, al menos un poquito, sinceramente nunca medité si lo era o no. Hace mucho tiempo no encuentro la diferencia, solo he vivido tratando de ser mejor persona, tratando de no evadir responsabilidades y procurando no meterme en problemas, esa ha sido mi vida. Ahora confieso que algo se va moldeando dentro de Kensei Busquets, la tía se siente más libre; tal vez sucede lo que comentabas en el tren, que un viaje puede cambiar nuestra manera de ver el mundo o de la misma forma en la que este mundo nos observa. Caleb, realmente no sé explicarlo, solo entiendo que ahora no me importa nada más que aquel cielo oscuro que está enfrente, he decido no pensar en mi pasado ni mucho menos en mi futuro; y no porque haya oscuridad, simplemente no tiene relevancia en estos momentos. Me importa el presente y en el presente estoy en un balcón con una *pizza* extra grande, más el mejor vino del planeta y, como si fuera poco, al lado de un joven atrevido, osado y sin vergüenza alguna que de paso me hace reír. Esto soy.

—¿Ahora soy un payaso?

—Y lo que yo quiera.

Fue contundente, solo asentí. Kensei cerró los ojos y cantó algo en catalán. Guardé silencio.

La noche era de lo más relajante, sin ruido en las calles y con unas cuantas aves que no respetaban el sueño de la ciudad.

—Y tú, ¿eres feliz? —me preguntó ella al terminar la primera copa.

—Claro, la venganza llega.

Reímos.

—Venga, solo dilo... —insistió Kensei.

—Siempre he tratado de ser feliz, aunque no haya razón. Luego de lo acontecido con mis padres, no te miento, costó un poco. En un comienzo estaban mis abuelos y mi hermana, luego solo quedó mi abuela con mi

hermana, y hace unos días solo ha quedado mi hermana... —respondí.

—¿Hace poquito? —preguntó en voz baja mientras me miraba.

—Sí, el viernes, llegué a la heladería luego de salir del velorio de ella —expliqué—, falleció a causa de un accidente de tránsito.

—¡Rayos! ¿Por qué no me dijiste?

—Estaba tan decaído que no sabía qué hacer, todo lo cristalizaba por inercia y costumbre. El panorama para los siguientes días era fatal, me conocía, mis reacciones eran obvias —respiré profundo—. Mi definición de felicidad estaba en peligro, aunque me encanta creer que todo viene con un propósito. La abuela se iba a ir tarde o temprano, era la realidad; sin embargo, que luego de ella haya coincidido contigo, ¡que alguien me explique! Estoy acá de lo más feliz y, seguro en el cielo ella también. Mira que uno llora a quienes se van, pero te apostaría que, desde arriba, ellos piden que sonriamos.

Guardé silencio mientras Kensei repetía lo mismo de antes.

—Debiste decirme —decía una y otras vez.

—No quería arruinarlo —le dije.

—Ven hacia aquí —añadió ella antes de abrazarme. Luego, propuso—: Brindemos por ella.

Y brindamos por mi abuela, por mi abuelo y por los suyos; por nuestros padres, por nuestros hermanos y por nuestros amigos, por todo. Continuamos una extensa ronda de preguntas, reíamos sin parar, revelamos secretos y prejuicios, miedos y anhelos. Era la mejor noche de nuestras vidas y estoy seguro de que ella también pedía que no acabase nunca. Hay momentos que no sabemos si se van a repetir, existen personas que, por más cerca que estemos a ellas, nada nos certifica que al día siguiente vamos a verlas de nuevo.

—Bien acá va una pregunta cultural —le dije—. Hace unos meses leía sobre el conflicto de Catalunya y su contorno, la independencia y demás, y me interesó saber más de la historia de Barcelona...

—Entiendo —interrumpió—. Pregunta, me preparé desde la primaria para esta ocasión.

Reí.

—Sí pudieras identificarte con una parte de la historia de Cataluña, ¿con cuál sería?

—Empezamos —dijo ella luego de acabar con la penúltima porción de *pizza*—. Esta es mi versión romántica sobre Cataluña: Cataluña conoció primero a los griegos, se enamoró de ellos, de sus conocimientos y de su moneda. Pero luego llegó el Imperio Romano y destruyó esa relación. Invadió

a Cataluña y la dominó por siete siglos en una relación bastante tóxica. Y cuando ella por fin se liberó, llegaron los musulmanes...Ya te imaginas, bombas por doquier.

—¿En serio? —pregunté levantando las cejas.

—Eh, no tengo pruebas, pero algo me dice que sí.

—Así cualquiera...

—Calle usted.

—Eso sí no lo acepto, ¿me imaginas ahora acá con un velo si nunca nos hubiesen soltado los musulmanes?

—Seguro no estarías acá —intervine.

—¡Seguro! —continuó—. A diferencia de los invasores anteriores, estos se expandieron por toditita España, y mi pobre Barcelona la vivió dura. Pffff. Puedo mencionarte que en el siglo siete más o menos, ya la península ibérica era libre y estaba dividida en reinos. En Barcelona estuvo como conde Ramón Berenguer, quien se casó con la princesa de Aragón: Petronila. ¿Acaso no había una catalana que deslumbró a Ramón? ¡Qué te pasó Ramón! En fin, el punto es que todos querían ir por nuestras tierras y nuestros campesinos dejaban la vida en las batallas. ¿Vamos bien? Porque apenas voy por la mitad —carajeó.

Asentí y continuó.

—El plan por formar la gran España continuaba, la presión desde Castilla era evidente. Pese a aquello, las instituciones en Cataluña se habían fortalecido con los años. Hasta que llegó la guerra más triste de la historia en 1714, todo se desplomó, fuimos abandonados y los intentos por resistir quedaron en el limbo. Amargamente caímos y desde entonces, el 11 de septiembre se convirtió en el día de Cataluña. ¡Hasta el idioma por poco lo perdemos! En el estadio del Barça se dan gritos de orgullo en los minutos 14 y 17. ¿Qué te puedo decir?

—Sin llorar —le dije bromeando.

—Luego de tanta historia aquí va lo que estás esperando —me dijo— porque ya te estás durmiendo de tanta teoría —reímos—. Cataluña es de hierro, solo pudo ser conquistada a la fuerza. Ahora bien, a esta chica que tienes a tu izquierda la han bañado en flores y girasoles ofreciendo hasta lo que no existía, solo por tenerla, mas mis valores no se vendían ante rostros simpáticos y vanas promesas. Como suelo bromear: ninguno es digno. Dejé Barcelona y nunca nadie pudo conquistar de mí siquiera un pico, poco creíble, pero cierto, ¿triste? No. Mamá siempre decía que no perdería nada esperando

por el indicado y que cada año vendría con al menos diez pretendientes: «No cedas ante rosas, flores y chocolates, quien te ame persistirá sin necesidad de hacer algo sobrenatural», eran sus palabras. Y era tal cual como decía ella, chicos venían y se iban al primer no. Pero mira cómo es la vida, estoy acá contigo, sin miedo y confiada frente a las montañas cerca de la fría playa, en un hostel tradicional con estructura italiana; todos duermen, solo la luna y las estrellas son testigos... —concluyó.

Mientras me preparaba para hablar, ella me miró con una ternura de otro mundo y entendí. Guardé silencio para no arruinarlo.

Sin darnos cuenta, la botella se había acabado y estábamos de lo más cuerdos, conscientes, risueños, sin sueño pese a que ya era tarde, en un par de horas las aves empezarán a cantar.

—Sabes —le dije al fin—, hoy respondió Dana...

—Cierto, ¿qué dijo? —preguntó—. ¿Está muy molesta?

—La verdad no lo sé —admití—, esperaba un testamento de acá a Marte, pero no fue así...

—Venga, ¿qué dijo? —interrumpió.

—Mejor te mostraré.

Mar/20/11/20, 8:37

De: dana.diaz@gmail.com

Para: caleb_diaza@outlook.com

Asunto: Te quiero más.

¡Holaaaaaaa, hermanito!

Sabes que no soy buena para escribir y que es obvio que pronto te llamaré.

No puedo exigirte que vuelvas acá porque ya estás grande, tú lo has dicho. Solo te pido que, si ella te hace bien, si te hace feliz, cuidala mucho; protégela como papá lo hacía con nosotros. Y recuerda: aun en los días malos un caballero no pierde su sombrero.

¡Te amo!

-Dana-

CAPÍTULO 12

Cerca de las diez de la mañana la puerta sonó varias veces. Debido a la larga noche, ninguno de los dos teníamos voluntad para levantarnos.

—Anda tú... —intentaba decir Kensei con sus labios entreabiertos.

Seguían llamando, de tal forma que no me quedó otra opción que atender. Era Jorge, el administrador del hotel, quería informarnos que ya disponía de un dormitorio libre, me pidió que fuera con él para verlo.

—Un momento, ya salgo —le dije.

Cepillé mis dientes, enjuagué mi rostro y, antes de salir, besé a Kensei en la frente y susurré a su oído que ya regresaba; seguro no me escuchó, estaba más allá que acá.

—¿Son pareja? —preguntó Jorge.

—Eh..., no —respondí dudando—, solo trato de que sea feliz. No piense mal. Ella duerme en la cama y yo en el sofá o en la alfombra, donde me encuentre más cómodo.

—Amor sin contacto —dijo él en voz baja.

—¿Eh?

—Así se llama un viejo libro, algo absurdo en vuestra generación que cree que el contacto físico va siempre de mano con el más minúsculo sentimiento.

Razón tenía.

—Para que le digo que no si sí —dije segundos después—, todo se ha tergiversado.

—Ya no se ama como antes.

—Todo se ha tergiversado —insistí.

Y es así, los mayores tienen razón, su modelo de vida era diferente. Me preguntaba a mí mismo por qué será.

Luego de un montón de escalones llegamos a la habitación. Era similar a la que compartía con Kensei, su único problema era que la ventana tenía una vista limitada; más que limitada estaba enfrente de una enorme pared. Era lo que había.

Jorge preguntó si iba a rentarla, pero le dije que en la noche le daría una respuesta. Sentí que no debía tomar decisiones sin antes consultar con mi acompañante. Sin darme cuenta dejaba de independiente.

¡Qué sensación!

«Ya valí», pensé.

Volví a la habitación. Kensei seguía inmersa en sueños, solo había cambiado la posición. Tomé mis gafas de sol para salir a caminar y realizar unas compras. La munición se acababa. Llevaba también una pequeña libreta de bolsillo.

Esta vez no susurré a su oído, preferí dejarle una nota pegada en la almohada: «Ya vuelvo, tienes que estar lista», decía, aunque lo de lista no sé para qué.

Caminé alrededor de la manzana por unos veinte minutos, sobre adoquines y bajo la sombra de los árboles. El sol ya se había hecho presente para iluminar el día.

Volví a las afueras del hostel con un botellón de agua enorme. Ya podía oír en mi mente la voz de mi compañera diciendo algo como: «¡Tarado, tanta agua!».

Antes de subir, me senté en la vereda donde el día anterior esperé a Kensei. Abrí la pequeña libreta por la parte final y con el bolígrafo de tinta azul empecé:

Hola, libreta, olvídale, lo siento, hoy te llamaré «Querido diario»:

Sé que te compré hace poco y que prometí escribirte cada día; sabes que iba bien, empezaba a amar nuestra relación escritor-papel. Sin embargo, es un imposible y no quiero decepcionarte, quiero que me entiendas y que prestes total atención. No te arrugues.

Después de varios años he coincidido extrañamente con un ser del sexo opuesto, y eso no es todo, hemos mantenido contacto por más de cinco días a una mínima distancia. ¿Es poco? Sí, y a la vez percibo que es mucho. Es especial, mira de forma diferente y más allá de lo normal. No es indescifrable.

Kensei, ha sido la causa de nuestra separación. No guardes rencor hacia ella, quiérela.

Quiero seguir describiéndola aquí y quiero que tus líneas contemplen sus virtudes y defectos.

Querido diario, te dejo.

Cuando cerré el cuaderno alguien palmeó mi hombro derecho. Era don Joaquín, andaba de compras y llevaba puesta la camisa del Atlético Villamil.

—¿Confesándote? —preguntó mientras reía—. Buen día, muchacho.

—¡Hola, don Joaquín! —exclamé devolviéndole el saludo.

Mientras intentaba levantarme para estrecharle la mano, me pidió que no lo hiciera.

—No te molestes, permíteme sentarme aquí.

Me sorprendió, no sé si habrá pensado en lo que le costaría levantarse de allí.

—Hace tiempo que no me sentaba en esta vereda —indicó—, unos veinte años quizás, o tal vez treinta.

—Vaya, es mucho —aseguré.

A pesar de su avanzada edad, la energía de Joaquín parecía mantenerse. El día anterior supo contarme que siempre podría encontrarlo en las mañana haciendo mercado, en la tarde leyendo el diario y debatiendo con amigos y en la noche paseando con sus nietos.

—¿La quieres? —me preguntó mientras acomodaba sus compras en la vereda para que no cayesen.

Guardé silencio.

Iba a responder como quien se hacía el desentendido, pero pensé que sería mejor ser franco y no esconderlo; total, no perdería nada y, ante la falta de amigos, ¿qué mejor que la experiencia?

—Creo que sí —dije al fin—. Supongo que así debe de ser este sentimiento, no lo descifro, es más, nunca sentí de esta manera. Ni en la adolescencia donde creemos que todo es perfecto.

Don Joaquín solo asentía.

—Quizás esto es lo que sentían los de su época cuando ellas se colocaban la flor en el cabello, en la parte derecha —concluí.

Asintió otra vez mientras meneaba la cabeza.

—Es complicado —supo decir—, espero sea genuino. ¿Sabes qué? Cuando una persona se liga y cede ante el sentimiento más mínimo y lo hace pasar por amor, la afinación sobre este se va alejando. Muchos podrán decir que cada decepción ayuda a mejorar, y es posible que sea así, sin embargo, ¿qué pasa cuando las decepciones han sido más de tres o cuatro? Todo se complica. Nos perdemos en nuestros argumentos y empezamos a darnos por vencidos aceptando lo que venga. La mejor oferta.

Cuánta razón tenía el viejo.

—Sin palabras, don Joaquín.

—Me pasó.

Esta vez sí que no supe que decir ante su fría respuesta.

—Espero no pase con ustedes —continúo y sonrió—. ¿Qué te agrada de ella?

Era una pregunta que ni siquiera yo me había planteado, pero que algún día debía responder.

—Sabe que sí —le respondí—, definitivamente su sonrisa, cuando ella sonrío hasta los lirios mueren de envidia. Las nubes se esconden, el sol brilla y las constelaciones a lo lejos se hacen sentir.

—Vaya, tú estás del otro lado.

Reímos.

—Sí, es sublime —finalicé.

Al instante se oyó una voz.

—¡Ey! ¿Hasta cuándo te espero?

Era ella, y estaba cerca, quizás y desde hacía bastante tiempo. Rayos, mis nervios se pusieron de punta.

—Vaya, si es linda —reaccionó don Joaquín al voltear y verla con aquella trenza que le venía tan bien.

Esplendida. Llevaba puesta mi camisa blanca con cuello de pico. En un mundo paralelo debí reclamarle, decirle que no había llevado tantas camisas, pero no, ¿para qué? Si se veía tan radiante.

Me perdí en su mirada atrevida.

—Sí que lo es —afirmé en referencia a lo dicho por don Joaquín.

—Eh —murmuró Kensei.

—Un gusto, jovencita —dijo el señor—, puede llevárselo, ya terminamos de conversar.

Reímos.

—No, tranquilo, continúen —respondió ella—. Solo bromeaba. Como de costumbre.

Vaya que sí.

—Qué simpática —halagó don Joaquín—, pero ya me tengo que ir de todos modos, luego mi vieja me regañará por las compras.

—Vaya con cuidado y esmero —le dije mientras lo ayudaba a ponerse en pie.

—¿Por si acaso no quisieran venir esta tarde a ver un partidior al estadio municipal? —preguntó.

—¿Contra quién juegan? —pregunté.

—Nacional —respondió—, suelen ser partidos agradables.

—Venga, es una buena idea Caleb —replicó Kensei.

Se echó a carcajadas Joaquín.

—¿Qué muchacha tienes! —exclamó antes de marcharse—. Cuídala.

Allí iba el viejo, a paso lento.

—Ven, levanta, vamos a comer algo —reprendió Kensei con autoridad.

Al verme de pie se dio la vuelta como quién dirigía la ruta. Me apresuré, alcancé su mano derecha y le di la vuelta, la acerqué, acaricié una de sus mejillas, luego la otra y, como era de esperarse, le di los buenos besando su frente.

Ella soltó un suspiro profundo. Tomó mi mano derecha y me llevó hacia una nueva pizzería. Ya iban tres diferentes estando a su lado. No podía objetar, prometí aceptar sus condiciones.

—¿Vino? —pregunté.

—Vino de nuevo —respondió aplaudiendo—. ¡Yuju!

—¿Por qué escogiste mi camisa? —pregunté con curiosidad.

—¿Tuya? —replicó—. Lo siento, ya es mía.

Se echó a reír.

Negué.

—Vale, te la prestaré de vez en cuando —continuó ella.

Solo quedó reír.

¡Cómo amaba sus sonrisas! Mientras ella hablaba mis ojos la veían en cámara lenta.

—¿Qué ves?

—A ti —respondí.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—¿Porque sí? —insistió Kensei.

—¿Porque me gusta?

—¿Qué te gusta?

—Mirarte —admití.

—¿Y eso implica que no debes quitar tus ojos de mí?

—Supongo... —murmuré.

—Vaya...

—Si quieres, dejo de hacerlo...

—No —respondió ella.

—¿No qué?

—Me gusta.

—¿Te gusta qué? —repetí su juego.

—Qué me mires.

—¿Porque sí?

—Porque sí —afirmó ella. Luego, añadió—: Venga, porque me miras diferente.

—¿Puedes explicarlo?

—No.

—Bien... —comencé a decir, ella interrumpió.

—Soy feliz.

—Eso me alegra.

—A tu lado —agregó de repente.

—¿Puedo arruinarlo? —consulté, temeroso.

—Puedes.

—Ahí viene la *pizza* —cambié el tema de conversación.

Ella se echó a reír.

—Tarado. Te quiero.

—Lo arruinaste —acusé.

Reímos.

—Que importa ya —concluyó.

¡Ella me quería! La noción me llenaba de felicidad.

Acá, entre nos, empezaba a morir por aquellos labios carmesí de lleno, debilitaban mi independencia con denuedo, las palabras empezaban a sobrar y una risa tonta tomaba partida en ella y, como la alegría de vez en cuando dura poco, el vino llegó para apagar la llama y recordarnos que la *pizza* se estaba enfriando.

—Gracias — dijo Kensei al mesero.

Agradecía hasta cuando no debía. Amarla era tan fácil como respirar.

—¿En serio iremos al partido? —de pronto preguntó.

—Tú aceptaste —respondí.

—¿Acaso ibas a decir que no?

—No lo sé... —sostuve—, ahora tocará ir.

—No iremos —afirmó.

Me eché a reír.

—¿Con quiénes juegan? —volvió a preguntar.

—Contra Nacional.

—Y tú eres del Millo...—supuso.
—Pero es fútbol.
—Pero tu equipo viene a jugar el domingo —indicó para luego negar.
—Rayos...
—Y al parecer el fútbol no les deja pensar a los hombres.
—Calla —bromeé.
Se echó a reír.
—¿No lo sabías, verdad? —preguntó mientras seguía riendo.
—Yo... claro que lo sabía.
No, no lo sabía.

Mamá decía: «Tienes que buscar una joven elocuente, que no sea tímida y que no sufra de mamitis como tú».

Eso hice.

CAPÍTULO 13

—¿Tienes una idea clara de por qué sigues aquí? —preguntó ella.

Le eché una mirada por varios segundos y negué.

—Esa idea se alimenta cada día —dije al fin.

—Entiendo...

Ella no entendía nada.

—¿Por qué llorabas aquel día? —le pregunté.

—¿Eh? Ahí vienen los niños.

Aquella tarde visitamos un orfanato y el área de niños con cáncer de un hospital. Este sí era el plan de Kensei, ella no había ido solo a pasar vacaciones, se había puesto en contacto con algunas personas y agencias para realizar este tipo de ejercicio social. Enseñarles a cantar y una que otra coreografía era el trabajo que nos tocaba. Sin pago a cambio, solo voluntad, ¿cómo iba a sobrevivir Kensei? No lo sé. Seguro le ofrecerían comida, hospedaje también tal vez.

Los niños eran felices y se sentía amados, era lo que importaba. Nos divertíamos un montón entre tantos enanos. Fuimos padres ese miércoles, y el jueves, y también el viernes. Eran los días establecidos. De lunes a martes tenían otros voluntarios, al igual que el fin de semana.

—¿Lo has hecho antes? —le pregunté.

—¿Hacer qué? —replicó ella.

—Esto, niños, voluntariado.

—Sí, en Alemania mientras cursaba el penúltimo año del instituto.

—Fuiste feliz.

—No lo dudes —reafirmó—. ¿Sabes algo?

—No.

—Tonto. Aquí lo disfruto más. En Alemania, Dortmund para ser exacta, ellos lo tenían todo; siendo materialistas, las enfermedades eran las mismas, pero el trato que recibían era incondicional, nunca faltaban una enfermera o un terapeuta y los fines de semana alguna celebridad iba por ellos. No se aburrían nunca. Posiblemente solo pasaba en ciudades importantes. Aun así, los recuerdo con agrado cada mañana.

—Vaya...

—Acá es diferente —continuó ella—. Los entiendo y pese a estar condicionados por la vida, que para todos no sonrío de la misma manera, aun así ellos te aman. Será muy difícil que este fin de semana llegue un artista con serenatas...

—Puedes llegar tú —interrumpí.

—O puede llegar alguna otra persona que cante de la ciudad.

—Seguro.

—Pero te das cuenta de que no lo hacen. Están en otro mundo, viven luchando por la felicidad de quienes están arriba en el poder, quienes les hacen creer que es por el bienestar del pueblo; no aprenden nunca. Memoria frágil. Protestan por ayuda a los más necesitados sin pensar que los tienen tan cerca y que no piden mucho.

Entristeció.

—Ellos no piden mucho —repitió—, ¿qué cuesta traer unos dulces, unas gomitas, venir con un proyector y que vean al *Rey león*? ¿Qué cuesta comprar mil hojas y mandarles allí un deseo? ¿Tanto cuestan los avioncitos y barquitos de papel?

Así de mal está la sociedad. No solo pasa aquí, pasa en todo el mundo. Quieren calles limpias y botan los palillos de helado en las alcantarillas. Protestan al municipio por playas limpias y cuando van de vacaciones dejan hasta lo que trajeron de casa, los más astutos entierran la basura. Se lamentan por el calentamiento global y viven quemando los desechos. Hablan de corrupción en el gobierno y se llevan el vuelto de más de la tienda de la esquina. Hablan de equidad e igualdad y cuando suben al transporte público no respetan los asientos de colores diferentes, los que pertenecen a las mujeres embarazadas, a personas con capacidades diferentes y a la tercera edad.

CAPÍTULO 14

—Hay ya una habitación desocupada en el hostel —mencioné—, había olvidado decírtelo.

—¿Y qué con eso? —replicó.

—Que ya podrás tener privacidad —respondí.

—No.

—¿No qué?

—Venga, que te quedarás conmigo. Si es posible yo me voy al sofá sin almohadas ni colchas. Y no se dice más.

—Entendido —afirmé.

¿Cómo se suponía que un hombre debía reaccionar ante tal situación?

Dos noches más tarde decidimos visitar el parque infantil. Caminamos con la guitarra y los equipos al hombro hasta la zona iluminada. Era viernes y eso nos hacía suponer que habría muchísima más gente que en nuestra primera presentación pública.

Ella estaba emocionada y con tantito de nervios, como si nunca lo hubiese hecho, como si fuese a ser su última vez, como si el Teatro Centro de Artes le abriera las puertas por vez primera.

—Quizá ya te has dado cuenta de que, cuando canto o trabajo, procuro dejarlo todo, no imagino dar solo una porción a los que se tomaron la molestia de prestarme atención, por esa razón no me agrada recibir tan poco. Aunque me lo han dado y no me ha quedado más que aceptarlo. Me vuelvo una niña, eso es sí o sí, y no por caprichosa, sino porque los niños dan todo de sí; no les importa si hay arena, tierra o barro. No se preocupan ni por el trabajo que le darán a mamá o a la lavadora. Van siempre sonrientes o van siempre llorando, pero no a medias.

Y sus ideales no se vendían.

—¿Recuerdas la primera vez que te enamoraste? —preguntó Kensei mientras desenrollábamos algunos cables—. ¿Qué edad tenías? ¿Qué tanto sufriste?

Y entonces pensé.

—¿Revolver todo ahora? —respondí con una leve sonrisa que ella no tardó en devolverme.

—Vamos, cuéntame un poquito —insistió—, tengo derecho. Te he cuidado bien hasta ahora.

Reí.

—Está bien. Presta atención que no volveré a contarlo.

—¡Vengaché!

—¿Eso es nuevo?

—¡Venga!

Reímos.

—Tenía catorce y afrontaba un cambio de instituto. En el nuevo sitio conocí a una niña muy linda en ese entonces. Ella sonreía y me confundía.

—Vaya...

—Nos llevamos bien por unas cuatro semanas, posterior a ese tiempo empezamos a pelear siempre. ¡Muy agresivos! Me gustaba un montón, sin embargo, ella hacía caso omiso, así que ni modo, jugar fútbol en el receso era lo que quedaba.

—¿Saliste con ella?

—Sí, dos años después —respondí—, eran los días más felices de esa eterna adolescencia.

Reímos.

—¿Te trató bien?

—La emoción le duró unas dos semanas, se volvió simple y yo tan detallista e inmaduro creyendo que con dinero podía ganarme su amor.

—¿Tenías tanto dinero?

—Me alcanzaba para volver en bus a casa.

Reímos.

—Tarado —dijo ella—. Entonces, te terminó...

—El primero de enero mientras aún explotaban en el cielo los fuegos artificiales.

—Auch.

—Muy mala chica —carcajeé—, como son las cosas, en aquel tiempo mi estómago se estremecía de izquierda a derecha, afirmaba que la lloraría siempre.

Volvimos a reír.

—Ahora te echas a reír.

—Exacto —afirmé.

—¿Y entonces allí acabo todo o hubo repercusiones en el camino?

—Pasados dos años ella volvió, sin embargo, ya no causaba nada en mí, su mirada no tenía sentido y su risa era estúpida.

—En conclusión...

—Me quiso, y a veces yo también la quería —expliqué.

—Neruuuuuda —exageró Kensei—, no se vale. Te morías por esa tía.

No paramos de reír.

—¿Y tú?

—Yo nada, mamá cortaba todo de raíz. Prefería enviarme a Londres, París o a la misma China con tal de eliminar todo intento macho alfa seductor.

—Qué genial.

—Tarado, ¿te parece genial?

—No, pero me ha convenido. No estarías aquí en caso de haber tenido otra mamá —aseguré.

—Ah, pues sí, cierto —dijo—. Has pensado.

Reímos.

Por momentos recordé los días en el instituto: las cartas, los mensajitos, los pequeños regalos. Muchos de esos que entregaba sin saber que al rato me rechazarían y me dejarían cabizbajo; con el rabo entre las piernas.

¿Cómo olvidar cuando alguna niña me simpatizaba y corría a contarles a mis amigos? Ellos presentaban un manual de trabajo, exposiciones y un montón de material de cómo conquistarla, como si fueran expertos. ¡Profesionales!

Nunca faltaba la idea de contactar a su mejor amiga para que nos expusiera su vida. A veces funcionaba.

¿Cómo olvidar cuando con una «aspirante» intercambiamos una foto, de las pequeñas, para recordarnos en las noches? ¿Quién diría que estos tiempos sonarían tan raros?, ¿quién diría que gracias a la tecnología podríamos tener todas las fotos, vídeos y frases de la persona que nos enamora sin necesidad de pedir? ¡Quién diría!

Tiempos aquellos.

Eran las nueve de la noche con tres minutos cuando enfocaba la cámara enfrente de nuestro pequeño escenario, planeaba tener grandes tomas y jugar un poco con la edición. Estábamos a punto de empezar, ya las personas empezaban a acercarse, a lo lejos saludaba a algunos conocidos. De pronto, unos brazos muy finos me abrazaron desde la espalda; era ella, ¿quién más?

Kensei.

Me abrazaba cada vez más fuerte y a mi oído susurraba que iba a matarme por exceso de fuerzas; era creíble hasta que no soportó las ganas de echarse a reír. Me volteé hacia ella, sonreí y la miré fijo a los ojos.

—Muerdo por esto —me dijo mientras su mirada se volvía más intensa.

—¿Mueres por qué exactamente? —balbuceé.

—Por el momento, por la noche, por el día, por la ciudad, por el país que no es mío y sin embargo me lo has dado, por la música, por la luna, por las estrellas, por el cielo, por las flores azules que un día me diste. Muerdo por la fuerza y por el ánimo que has traído, muerdo por lo que has dejado por estar acá —decía mientras me volvía a abrazar y sus ojos empezaban a inundarse en lágrimas.

No podría dejar de observarla, los sentimientos empezaban a invadirme; ella estaba cediendo, la chica fuerte, mi compañera, temblaba en su valentía.

—Muerdo por esta gente que hoy vendrá acá, muerdo por nuestro primer vino, lo sé, todo lo enumero en forma desordenada —continuó—, pero es que muerdo por ti, el orden para mí deja de tener sentido.

Lo dijo.

—Muerdo por ti Caleb —insistió—, y no puedo con esto —dijo con dificultad.

Ahora era yo quien la abrazaba fuerte.

—No vas a morir —susurré y besé su frente.

—Espera, aún tengo más —pidió—. Amo esto, amo todo, el corto tiempo, las pocas palabras, la seguridad con la que me guías. Haces que sienta que te conozco de siempre, revuelves mi estómago en todas las direcciones posible. Temo pensar que seas la persona que mamá diseñaba en su mente para mí y que yo no esté preparada. Temo, pero amo a la vez...

Cada vez que emitía una palabra la velocidad de mis latidos aumentaba, mi respiración empezaba a cortarse cuando se enfrentaba con la respiración de ella.

Con mi mano izquierda tomé sus dos manos y con la derecha sequé sus mejillas empapadas por lágrimas maleducadas que se echaban a vagar en momentos importantes. La acerqué a mí, chocamos nuestros rostros, más bien se encontraron.

Guardamos silencio por unos segundos.

—No temas, no lo hagas mientras seas correspondida —dije al fin—. Más que morir hoy, tú me has devuelto al mundo. ¿Sabes algo? Me he pasado la

vida luchando por saber qué es lo que quiero, qué necesito, qué debería y qué no debería tener. Y nunca llegué a nada, siempre pensé y anhelé en vano. Hoy es diferente, hoy ya no dudo que lo vivido hasta ahora no ha sido una coincidencia ni un pasatiempo...

—Por favor...—interrumpió ella para luego callarme con su dedo índice sobre mi boca—. Venga, vamos a arruinarlo de una vez por todas.

Asentí.

Todo cobraba sentido mientras la multitud en la Plaza Cívica desaparecía y el sonido de las voces se volvía lejano. Estábamos en medio de la nada. O será porque la idea vieja de besar con los ojos cerrados aún no se extinguía y era cierta. Nos estábamos besando, con previo acuerdo mutuo, nuestros labios sellaban un contrato indefinido mientras ambos corazones tendían a querer romper el pecho.

La estaba besando y no lo entendía, no lo creía, no lo asimilaba..., todo eso pasaba en mi mente mientras Kensei lloraba, literalmente, insistiendo en que por aquello había esperado. No podía emitir una palabra más; cuando ella hablaba era exacta y me dejaba sin comentarios.

Era ella yo y yo era ella, hace ya mucho tiempo que nos pertenecíamos y no lo entendíamos.

En sus labios entendí que el amor y su contorno no dependen de un tiempo determinado, que no hay reglas y a la vez no hay extraños. Cuando la persona correcta, indicada o como la quieras llamar, está cerca; la sientes, la detectas, la contemplas y no temes. Dejas de preocuparte porque una pandilla de mariposas te da la certeza de que no se irá.

Te complementa.

Era ella.

—Ha valido la pena —decía mientras inhalaba con su respiración cercana a la mía—; si a esta sensación se refería mamá, quisiera llamarla ahora mismo y hacerle saber que ha valido la pena —sonreía—. Venga, no apartes tus labios de mí.

Reímos.

—Quiero que esto sea correcto —susurré en su oído.

—¿Cómo sería correcto? —preguntó balbuceando.

—Quiero que seas mi novia y ya no mi compañera —expliqué.

Asintió.

—Pues venga, ahora toca ti —indicó—. Ya hice mi parte.

Reímos levemente.

Sin más que hacer, le dije:

—Atenta, no interrumpas, tarada.

Me arrodillé lentamente, como quien tiene miedo que el pantalón se rompa.

—Usted... desea... —empecé.

—Ella necesita flores, si quiere que lo acepte... —fui interrumpido.

—¡Ey! Tú de nuevo ¿Qué haces aquí? —pregunté.

Era la niña de las flores. La futura empresaria de la nación.

—¿La conoces? —preguntó Kensei mientras le sonreía.

—Sí, me conoce —respondió—, no quiero que piense que lo estoy siguiendo, señor.

—Sí, claro —le dije riendo.

—¡Que no lo estoy siguiendo! —insistió—. Hoy me ha tocado estar aquí, y pasando por estos lares noté una injusticia.

—¿Qué injusticia? —preguntamos al mismo tiempo con Kensei.

—Un caballero no puede pedir la mano de una dama sin una flor en sus manos —respondió—. No, no, no. En Villamil no está permitido.

—Oh, sí —intervino Kensei—. La niña tiene razón, resuélvalo con ella joven.

—No puede ser... —dije.

—Sí puede ser —respondió la niña—. Ya lo he dicho. Dígale que no señorita.

—A sus órdenes —obedeció Kensei—, pero antes dime tu nombre.

—Me llamo Iris, es un gusto. Ahora permítame ejercer mi trabajo.

—Bien, deme un ramo de flores, niña Iris —dije al fin, derrotado.

—¡No! —exclamó—. Con esa actitud no.

—¿Entonces? —pregunté.

—Debe de entender que esto más que una venta representa una vida nueva —explicó—. Esta señorita le iba a decir que sí, no lo dudo. Hasta lloré con el beso que se dieron, a lo lejos, no he visto algo igual, lo cual no deja de ser asqueroso. Seguro porque mi edad no me permite ver con claridad. Sin embargo, ¿qué mejor que darle una flor o dos?, ¿o qué mejor que un ramo? Permítame persuadirlo, ella lo valorará y usted algún día me lo agradecerá.

—¡Wow! —exclamó Kensei.

—Ya veo —dije al fin.

—Aún no acabo —indicó—. Mire su lindo rostro, su cabello ondulado con aquellas vinchitas con estilo de mariposa que de seguro solo se las echó

encima para que usted las aprecie. ¿Qué decir de su vestimenta y de sus uñas pintadas con aquel rojo no tan escandaloso?

Se imagina todo lo que le costó a ella estar así para que usted no acompañe sus palabras, seguro no lo imagina. Pero acá he llegado yo para salvarlo. Tranquilo. Esta vez le haré descuento, por ella, me agrada. Sería una buena amiga.

Me convenció. Estoy seguro de que Iris ha asistido a varias charlas de Jürgen Klaric, o lo sigue en YouTube. Sí, eso debe ser.

CAPÍTULO 15

—Sé que quizá no es el momento indicado, la verdad no lo he planeado porque creo en los dichos de la comunidad, aquellos que indican que es mejor que todo fluya, tonto, porque seguro hay situaciones que merecen unos minutos de atención. Ahora estamos rodeados de muchas personas que esperan deleitarse contigo en unos instantes. Empieza a hacer frío mientras yo empiezo a sudar, y es porque quizá nunca he estado en un escenario como este y mucho menos frente a alguien como usted.

Realmente estaba llenándome de nervios, su mirada se hallaba fija en mí, sin parpadear, no quería perderse ni un detalle.

Allí estaba yo, arrodillado con un enorme ramo de flores rojas y unas cuantas azules. Todo imperfecto. Momentos que son difíciles de escribir, momentos que solo quedan en nuestra memoria y momentos tan de otro mundo que si te echasen un poco de agua podrías despertar del sueño.

—¿Quisiera usted, bella dama, catalana sin tanto acento, cederme el privilegio de tomar su mano y convertirme así en su enamorado? —pregunté al fin entre balbuceos.

Kensei sonrió y se mordió con suavidad el labio inferior.

Cerró los ojos y soltó un suspiro profundo.

—¿Me promete usted que lo intentará las veces que sean necesarias y que, a pesar de mis bipolaridades, no se quejará y me hablará para solucionar los problemas antes de que anochezca? —replicó con formalidad y sin balbucear.

—Lo que acaba de hacer no es justo. No puede responder una pregunta con otra —aseguré—. Sin embargo, esta vez no hay problema —aclaré—; y sí, acepto las condiciones dadas y también las que aún no ha mencionado.

Sonrió. Asintió. Volvió a suspirar.

—¿Me aceptas, Kensei Busquets? —volví a preguntar con una sonrisa.

Ella guardó silencio, se arrodilló, no respondió lo que esperaba; de hecho, no dijo palabra alguna, solo acercó sus manos a mi rostro para concederme un beso, un beso de lo más tierno que respondía a las preguntas que me hice desde los quince años cuando me plantaron en año nuevo.

—Que sea para siempre, por favor —dijo al fin—. Te lo pido, por favor.

Éramos felices.
Despertar era un deseo para vivir a su lado.

CAPÍTULO 16

—Esto va para la persona que tengo a mi lado, mi eterna compañera.

Kensei bajó del asiento para ir hacia el público y desde allí oírme. No sé por qué lo hizo, se veía graciosa.

«¿Es linda?» Preguntan todos. La verdad que sí, lo es para mí.

Es hermosa, es maravillosa, es increíble, es sublime y puedo seguir. Sin embargo, acepto que opines lo contrario, quizá su físico no te cuadre, tal vez te parezca un poco delgada o un poco gruesita; para unos altos será un poco enanita y para unos cuantos enanos estará algo altita. Otros notarán de seguro un realce en sus mejillas: «cachetona» y esas ojeras que aparecen de a poco. Como suele darse, no faltarán quienes hablen de su vestimenta: que porque usa vestido y no faldas cortas... Tonterías.

¿Qué importa, si para mí lo es todo?

¡Me encanta! Sé que es notorio, cada vez que la veo provoca en mi tonto rostro una sonrisa estúpida, una risa silenciosa que no la causa cualquiera. Solo ella lo consigue.

Podré haber tenido mil citas con ella, pero te aseguro que a la mil y una vez seguiré teniendo los mismos nervios, seguiré igual o más que ansioso que la primera vez; aunque solo sea para ir por un pedazo de pizza. No lo van a entender.

¿La quiero? Te explico, ella podría irse mil veces y yo la esperaría dos mil. Lo sé, es muy tonto de mi parte, ¿quién espera tanto?, ¿quién se atreve? ¿Quién? Razón tienen, es la verdad.

Alrededor de los años me han preguntado: y tú, ¿para quién escribes? Y no sé qué responder; muchas de las veces solo escribo porque me encanta hacerlo, por una idea que surgió de la nada, por un tema que parece interesante o algo que noto en las redes sociales. Otras veces transcribo lo que escuché en el bus o los fragmentos de algún amigo, solo los maquillo.

Como sea, esto sí es para ella.

No sé dónde esté, pero algún día lo leerá, espero le llegue. Y si la conoces, solo coméntale.

Apenas terminé de relatar, Kensei ya había corrido hacia mí para darme un beso y para abrazarme.

Siempre he creído y afirmado que los momentos posteriores de recibir o dar un «sí» son considerablemente esenciales, no puedes sentirte igual, no debes. Algo en ti, en tu interior, debe estar diferente, las famosas mariposas tienen que revolverte el estómago y la sonrisa tiene que tender a ser constante, tus labios deben de pedir más de los suyos. Si no sientes lo anterior, es posible que algo esté mal. Es mi punto de vista, puedo estar equivocado, aunque lo dudo, son siempre las reacciones esperadas.

Mientras Kensei cantaba, yo no podía quitarle los ojos de encima y, de vez en cuando, erraba en los acordes a causa de ella; nadie se percataba de las fallas, así que solo reíamos.

Era inevitable no pensar en los dos. Imposible no imaginar el mañana con ella de la mano; caminando, con ella sirviendo un café, con ella comiendo *pizza* todas las mañanas, con ella viajando, con ella tomando un avión para ir a conocer a sus padres y su tierra, con ella cantando en todas las plazas del mundo, con ella presente en la publicación de mi primer libro, con ella presente para felicitar a mi hermana en su boda, con ella sacando fotos al amanecer. Con ella compartiendo un hogar, con ella llevando a los niños a la escuela. Con ella.

Todo se acomodaba en mi mente de forma cronológica, como si fuera tan fácil cuando en realidad no lo es. Nadie firma un contrato con la vida constatando que va a ser muy feliz y que va a vivir lo suficiente como el abuelo, que llegó a los ochenta, o el tío, que se fue a los noventa, y que no habrá enfermedades. No es tan fácil.

Kensei perdió el conocimiento y cayó mientras me abrazaba, al terminar la presentación. No supe qué hacer; desesperé mientras las personas regresaban a sus casas sin percatarse de lo ocurrido.

—¡Vamos! ¡Reacciona, por favor! —exclamé varias veces.

De pronto, una pareja notó que algo andaba mal. Escucharon mis palabras en medio de la desesperación y se acercaron de inmediato.

—¿Qué le pasó? —preguntó Rina, la chica.

—No lo sé, solo me abrazaba—respondí sollozando.

—Permíteme —dijo Gonzalo, el chico—. Trabajamos en primeros auxilios.

Asentí, agradecido por la casualidad.

—Adelante —dije.

—Ten calma —insistió Rina.

Kensei no reaccionaba, su semblante iba de mal en peor, su respiración dejaba de ser estable. Se complicaba. Una ambulancia llegó a los pocos minutos gracias a Rina y a Gonzalo. Dentro de la misma, conectaron a Kensei al respirador artificial.

Nunca solté su mano hasta llegar al hospital.

Se dan cuenta de que nada es tan sencillo, lo que ahora puede causarte alegría e invitarte a soñar, en unos minutos puede ser motivo para preocuparse y llorar en la pequeña sala de un hospital, la misma que se vuelve inmensa con el correr de las horas, aun más cuando todos se van y tu única compañía son las enfermeras de turno; enfermeras que viven acostumbradas a escenarios idénticos. No sé si les importe, solo murmuran. Tampoco les debería importar.

Cerca de las dos de la mañana fui llevado a la habitación donde se encontraba Kensei para conversar con el médico de turno. Me hizo saber que se habían realizado varios exámenes y que les llevaría horas identificar el cuadro de la paciente. Me pidió que me relajara, que ella pronto se repondría. Para ser sincero, no lo notaba tan seguro de sus palabras.

Antes de marcharse pedí pasar la madrugada en la habitación.

—Bien, sé que allí dentro podrás escucharme —dije en voz baja mientras mi compañera seguía sin despertar—. Te responderé una pregunta que hiciste varias veces: ¿por qué sigo aquí? Es simple, siento que esto ya lo viví y muchas veces lo soñé. Por días intenté descifrar quién era la chica de mis sueños y entonces esos sueños desaparecieron, como si querer saber quién era estuviese prohibido. En el instituto no atendía a clases y dibujaba lo que recordaba. ¡En vano!

Una noche de junio, era el día nueve si mal no recuerdo, no podía dormir y vino a mi mente un pensamiento: si no puedes dibujarla, mejor escríbela.

Empecé a escribir, puse nombres, pero no te asustes, Kensei no era. En la historia, la chica invitaba al chico a vivir aventuras. Él accedía y decía que sí a todo, aunque en el principio dudaba. Con el pasar del tiempo se volvían más felices: reían, volaban, corrían y cantaban.

Pensé por mucho tiempo que solo era fantasía, que aquellas coincidencias solo quedaban en los libros.

Y vaya que sí, al menos en aquel tiempo lo creía de tal forma; que eso de luchar y de anhelar a una persona acorde a tu estilo de vida no iba a funcionar

ya, sin embargo, allí iba Caleb, escribiendo acerca del amor y de su contorno, dando consejos y reflexiones para quien las necesitase. No importaban las metáforas ni que tanto hiperbolizaba. Aunque a mi alrededor todos aceptaban el amor que creían merecer, yo prefería seguir sollozando frente a Netflix. Pero no te la creas, un día empecé a desistir. Desperté por la mañana y dije: «¡Basta! Dará igual si existe o no, quizás ahora esté con otro mientras por dentro me espera».

En aquel momento la mano de Kensei presionó la mía; al volver la mirada hacia ella me di cuenta de que había despertado. No supe desde hacía cuánto. Intenté llamar a una enfermera, pero ella me detuvo.

—Espera, continúa... —balbuceó, tenía aún la máscara para respirar—. ¿Qué pasó luego?

No supe qué decir, nuevamente, me quedé en el aire.

—Venga... dime —insistió.

Reí mientras ella me echaba una sonrisa aliviadora presionando aún mi mano.

—Luego apareciste tú —continué—, sin avisar, de la nada.

—Del espacio... —interrumpió.

—Quizá del espacio —repliqué—. Me diste valor, me enseñaste el verdadero significado de la palabra «riesgo», me devolviste la sonrisa sincera mientras la tuya corría peligro. Lo diste todo en tan poco, siento que te debo mucho. Quizá nuestros momentos sean contados: la heladería, el metro, el tren, el largo viaje, las noches en el balcón y, aunque sea poco, para mí ha sido toda una vida, tanto así que, si ahora me tocara dejar este mundo, me iría feliz sin titubear.

De pronto, ella soltó mi mano para detener las lágrimas que se avecinaban.

—¿Ves lo que causas? —sollozó—. Espero estés terminando.

Reí.

—Sí, ya estoy terminando —aseguré—. No te imaginas cómo mi mundo se partía en pedazos al verte allí derrumbada en mis brazos, sin reacción; todos los momentos que vivimos coparon mi mente en instantes. Entonces, entendí que realmente ya eras parte de mí.

Lloró.

Lloré.

Lloramos.

CAPÍTULO 17

Por la mañana, Kensei leía al mismo tiempo que acariciaba mi cabello. Yo moría de sueño, literalmente. Moría de sueño mientras que ella hacía un rato largo había despertado, su semblante había mejorado notablemente.

—¡Hola, compañera! —le dije entre dientes.

—Hola, maleducado —respondió.

—¿Qué hice ahora? —pregunté.

—Pues, esperaba un: «buenos días, princesa o novia mía».

Reí.

—Lo siento —repliqué—. ¡Buenos días, amada mía! ¿Cómo se encuentra?

—Así está mejor —dijo sonriendo—, me encuentro muy bien, jovencito.

Le agradezco mucho su cuidado. Espero perdone la mala noche que le he hecho pasar.

—No se preocupe —sugerí—, lo hago con amor.

Ella sonrió.

Hacia las nueve de la mañana llegó el médico. Como Kensei estaba despierta, le dio los resultados en privado. Horas más tarde, recibió el alta y por la noche nos encontrábamos de nuevo en el balcón de la habitación; con *pizza* y un vino.

—Sé que dentro de ti esperas con ansias el momento en el cual te responda a las inquietudes y sé que también que ya no puedo ocultarte nada, simplemente no lo mereces.

—Tienes razón —dije—, pero confío en ti.

Ella sacó una carta de su bolsillo y empezó a leer.

—Quiero que prestes mucha atención —dijo—, lo escribí mientras dormías.

—La atiendo.

—Cada minuto que pasa sostengo que apareciste en el momento indicado, ahora lo veo así. Ahora, mientras duermes en el sofá, me doy cuenta de que la felicidad no se mide por tiempo, sino por hechos. No te imaginas cuánto ha valido la pena hacerle caso a mamá y esperar por el indicado. Tanto así que, si ahora me tocara dejar este mundo, me iría feliz sin vacilar. Lo sé, lo dijiste

primero. —Ella hizo una pausa que yo aproveché para robarle un pequeño beso—. Contigo olvidé el caos en el que se había convertido mi vida, gracias a ti pude creer que los caballeros no se habían extinguido aún. Contigo he realizado mi último viaje largo, mi última tocada y, aunque quizá volvamos a tocar mañana, de todas maneras sería la presentación final. Gracias, gracias, gracias.

«Gracias por cumplir mis deseos de desayunar *pizza* cada día, gracias por cocinar al mediodía las recetas de papá solo por el capricho de querer sentirme como en casa, gracias por soportarme sin conocerme. Gracias por la dedicación en cada detalle, por las flores, por el chocolate, gracias por aquel último brindis con el mejor vino del mundo. Gracias por aceptar la alfombra y no la habitación de al lado; no tenía miedo a dormir sola, sino que tenía miedo a despertar y no verte más. Gracias por amarme en silencio y no arruinarlo cuando te lo pedía, gracias por amarme en silencio sin querer recibir algo a cambio. Gracias por amarme como ya nadie ama.

Cerré mis ojos y asentí mientras trataba de ser fuerte.

Ella tomó mis manos y las llevó a su pecho, cerca de su corazón, el mismo que latía a un ritmo inexplicable.

¡Cuánta tensión!

—Pedí a doctor no decir nada sobre mi estado —señaló—, prefería que lo supieras por mí. No me hubiese perdonado una situación contraria.

Guardó silencio.

—No debes decirlo si no quieres —dije al fin—, yo entenderé. Quiero que estés bien.

—No Caleb —negó—, tienes que saber que estoy muriendo.

Cerré mis ojos mientras mi respiración aceleró al ritmo de los latidos del corazón de ella.

—Estoy muriendo —repitió—, desde hace ya un largo tiempo. Lo siento.

Nuestras miradas se empaparon rápidamente. Nos mantuvimos en silencio, de nuevo, con más razón.

—Hace varias semanas, previo a una presentación en el Instituto de Ciudad Central, sufrí un dolor en mi pecho, en el corazón. El aire me faltaba y de a poco perdía la vista. El grito de mi equipo se perdía en el silencio de mi memoria. No recuerdo más.

Horas después, desperté en una clínica. Eran las tres de la madrugada y en la silla donde debía de estar mamá, papá o mi hermano no había nadie. Y claro, ellos estaban tan lejos..., no sé lo que pedía. Nunca extrañé tanto;

aquella vez la fría soledad me tomó desprevenida. Lloré. Lloré como cuando tenía ocho años.

«Mi respiración dependía de esa máquina que te vende aire por medio de una máscara plástica, no sabía lo que padecía ni recordaba lo acontecido. Una enfermera entró al verme despierta, no dudó en anotar la situación en la planilla. ¡Jodido!

«Cerca de las nueve de la mañana, el doctor se hizo presente para indicarme que ya no me quedaba vida, así de simple. El médico me dijo que sufría de una extraña cardiopatía; rara e invisible. Indetectable prácticamente. Porque la única forma de hacerlo era visitando el hospital. Algo que, según él, no lo hace nadie. Ya sabes, hablo de los controles médicos que se recomiendan a cada persona para así tener un control. Mencionaba también, ya con impaciencia, que en esta vida nadie se preocupa por realizarse exámenes con frecuencia; la escasez de tiempo tiende a ser la excusa. Me dijo muchas cosas, me sentí muy mal, peor. «Tu cuadro es complicado», me dijo al fin. «Lo que sufres, lo sufre una persona entre un millón» —terminó de explicar ella.

—Dios...

—Con el dolor de mi alma había decidido no contárselo a nadie. Prefería recordarlos alegres, felices, riendo y no tristes, con rostros arruinados postrados sobre el mío.

—¿Por qué Villamil?

—No lo sé —respondió—, perdóname Caleb.

—No tengo nada que perdonarte —le dije mientras la abrazaba—, aprecio mucho que, a pesar de pasar por todo lo que me has contado, hayas decidido estar a mi lado.

—Las vías de mi corazón están arruinadas, ¿y qué decir de las paredes que se desmoronan de a poco? —sollozó—. Mírame, por favor. —Tomó con sus manos mi rostro colocándolo a milímetros del suyo—. Sé que me voy a ir y es la peor sensación de todas, aunque solo a tu lado he sido capaz de olvidarme de aquello y de vivir como si nada pasara. No sé hasta cuándo estaré aquí, Caleb, pero quiero, si me tocas ir, irme en tus brazos.

CAPÍTULO 18

Desde aquella noche, Kensei luchó cada día con ser y no ser. Ser la novia perfecta, la amiga incondicional y el reemplazo de mi hermana cuando la necesitaba. Ser mamá de vez en cuando y ser de abuela cuando el día se volvía tenso.

No ser la que estaba muriendo, no ser una carga cuando no daba más y tenía que llevarla sobre mi espalda; pasaba también cuando salíamos a caminar y se desmayaba. No siempre, pero se volvía frecuente.

Los primeros días en Villamil, el balcón era nuestro escape y nuestra excusa para conocernos más; llegamos hasta el punto de saberlo todo. No hicieron falta mil años. No teníamos más que indagar y si existía más, ya no importaba.

Las madrugadas eran testigos de enormes confesiones. Sin embargo, cada día ella vencía en sueño antes de lo previsto. Se agotaba. Charlábamos y en el momento menos esperado ya había cerrado sus ojos y lo que para unos sería una carga, para mí era un placer: llevarla en brazos a la cama. Yo me volvía al balcón a escribir, a continuar con el resumen de un nuevo día de su vida, ella no lo sabía. Seguro hubiese roto las hojas porque en el fondo no quería que guardase ese tipo de recuerdos. Yo lo hacía a pesar de saber que no le agradaba la idea de controlar su vida, pero lo hacía con la esperanza de que alguna noche escribiera: «Hoy todo ha cambiado, ella ha mejorado y el doctor está asombrado.», mas no ha pasado de tal manera, la realidad es muy cruel y yo odio ser realista, voy siempre contra todo pronóstico, aunque estos me defrauden al final de la semana.

CAPÍTULO 19

—Dos meses y sigues aquí, Caleb.

—Dos meses y tres días para ser exactos —aclaré—, si te das cuenta es la misma luna de aquella noche cuando abrimos nuestro primer vino a solas.

—¿Y qué decir de las estrellas?, parecen estar alineadas de la misma manera —indicó señalando el cielo.

—¿Cómo va el diario de mis últimos días?

—No sé de qué hablas —aseguré.

—Lo sabes, lo he leído. Yo también quiero amanecer mejor mañana y volver a cantar sin quejarme de la respiración. Ha sido un error pedirte que no lo hagas, me han hecho bien tus palabras.

—Confío en ese uno por ciento de esperanza que aún queda, confío en que en el cielo se escuchen los deseos de nuestros corazones. Confío en que sigas sonriendo...

—Basta. —Sollozó y se echó sobre mis piernas.

No se lo había dicho, pero cada vez que ella cerraba los ojos yo quedaba despierto pidiendo que, por favor, los pudiera abrir al día siguiente.

Nunca supe cómo cuidar a mis mascotas, siempre morían al corto tiempo de haberlas comprado. Fui creciendo y aprendí a tener un perro, era feliz. Era muy feliz, lo tenía todo, hasta que perdí a mis padres. Costó mucho, mi hermana no ayudaba; ella era frágil. En la desesperación, tuvimos a los abuelos y, como es natural, ellos se fueron también. Yo cuestionaba mi vida afirmando que todo lo que aprecio tiende a marcharse. No me hagan caso, luego entendí que así es la vida, no tienes garantía alguna. Kensei no ha sido la excepción.

Aquella noche no despertó más.

Cayó en coma.

CAPÍTULO 20

Kensei cayó en coma.

Cayó en coma y no sé si me escuchaba, aunque los estudios afirman que sí. Estaba allí, conectada a toda clase de máquinas con nombres poco recordables: sondas y respiradores los llamaba yo.

Por las mañanas y por las noches me acercaba a su pecho para sentir los latidos de su corazón. Eran lentos en general, a veces acelerados.

¡No entendía!

Había pasado una semana y Dana estaba por llegar a Villamil, el mal tiempo no le había permitido viajar antes —lluvia y tormentas suelen hacer de los viajes una utopía—. Había dejado también varios correos a los padres de Kensei, a pesar de que desde el hospital comunicaron al consulado español y este a su vez a la familia.

Mi correo fue respondido con un simple: «Okey».

CAPÍTULO 21

Don Joaquín me acompañó por las tardes en aquellos días. Gracias a él pude desahogarme de tanta desesperación y dolor. Pasé dos días sin volver al departamento temiendo que Kensei pudiese despertar en el hospital y yo no estuviera allí, a pesar de que los médicos supieron indicar varias veces que solo un milagro la levantaría. Cada cosa distorsionaba mi mente.

Sentía impotencia al recordar que, tratando de escapar de la rutina, había vuelto a la historia de siempre. El pasillo frío y desolado era mi casa de nuevo, en otra versión y edición. Otra sede, el mismo protagonista, pero más grande.

Allí seguía: cantándole, leyéndole cuentos, narrándole las noticias, los altercados de la ciudad y las buenas nuevas de Cataluña. Conectaba el iPad a un pequeño parlante ansiando que la música afectara a la biología. Sabía que era imposible.

Repetía en la ducha que no la quería perder. Dormía en el hospital y me ahogaba en lágrimas, no sabía de tiempos y menos de sentimientos, pero a Kensei la quería de vuelta, le hubiese dado mi corazón si fuese necesario.

Las enfermeras y auxiliares hablaban a mis espaldas, no sabía con exactitud lo que murmuraban, pero me iba y venía. Quizá porque olía mal y porque moría de frío, no era capaz de buscar una cobija.

Joaquín volvía por la noche con un termo lleno de hierba Luisa, otro lleno de chocolate y un viejo libro bajo el brazo.

—No te preguntaré cómo estás —me dijo—. Sé que mueres por dentro.

Asentí.

—Trato de estar bien —repliqué—, y de sonreír.

—No es necesario —interrumpió—. Hace unas décadas estuve en el mismo lugar que tú estás, y vaya cómo es la vida; en el mismo hospital. Raquel, mi hija mayor en aquel entonces, fallecía lentamente...

—¿Qué le sucedió? —pregunté de inmediato.

—Tenía quince años. Un lunes por la noche salió a comprar el pan y la leche. Demoraba como siempre, sin embargo, excedió el tiempo y no regresaba. Salimos a buscarla, ya las tiendas estaban cerradas y en la

panadería nunca supieron de ella. Nunca llegó. Ya te imaginas la búsqueda.

—¡Rayos!

—Apareció por la tarde, aquí. Agonizaba. Al parecer, tres tipos habían abusado de ella en los montes. La golpearon, tenía hematomas en todo el cuerpo y la cabeza rota.

Guardé silencio.

Guardamos silencio.

—Cuánto lo siento —dije al fin—, no sé qué decirle.

—Descuida, ya no duele como antes —aseguró—. Al menos Kensei está en coma, sé fuerte, tan solo no intentes no ser humano. Lloro si es necesario.

—Ya perdí a mis padres y a mis abuelos —sollocé—, no quiero perderla a ella también.

Me eché a llorar sobre don Joaquín. Él me abrazó.

Había perdido el control y volvía a ser humano. Volvía a sentir brazos de padre.

—Papá decía —continuó—: nunca está demás llorar... tampoco recibir un abrazo.

—Se siente bien —sostuve—, ojalá y un abrazo pudiese despertarla.

—Es posible —dijo—, sin embargo, quizás y un abrazo te sirva más a ti, Caleb.

Aquella noche don Joaquín se quedó a hacerme compañía. Platicamos sobre su familia, sobre hijos y sobre la infinidad de nietos que tenía. De cada uno de estos guardaba una historia diferente.

—¿Has vuelto a escribir? —me preguntó más tarde.

—Poco —respondí—, casi nada. Creo que solo a mi hermana —finalicé.

—¿Cuándo llega?

—Por la mañana —respondí.

—¿Qué te ha dicho?

—Que sepa manejar la situación, que no la pierda de vista hasta que un familiar llegue por ella. Me ha animado.

CAPÍTULO 22

Al amanecer, don Joaquín ya no estaba. El sol rayaba el alba y una frazada se extendía sobre mí. No era cualquier frazada, era mi frazada predilecta, la que había dejado en casa; la roja con blanco. Entonces reaccioné.

Ella estaba allí, mi hermana había llegado.

¡Dana!

Veía a todos lados y no la encontraba, como estaba en el sofá del pasillo me volví sobre mis pies y por inercia caminé hacia la habitación donde estaba Kensei. Allí la encontré, con ella. Antes de entrar a verla fui al baño a cepillarme los dientes, a enjuagarme la cara y a peinarme para que mi hermana no me viera tan molido. Me alegraba la vida que ella estuviera de nuevo conmigo, sentía que todo iba a ser diferente a su lado. Al salir de ahí, pasé el por la cafetería para llevarle un té a Dana.

Mientras lo preparaba, alguien a toda prisa corrió hacia mí para abrazarme con denuedo.

—¡Hermanito! —exclamó ella—. ¡Aquí estás!

—¡Hermanita, me estás matando! —respondí.

Reímos.

—No importa —dijo—. Casi muero al no verte.

—Aquí estoy.

—Bueno, debes venir conmigo ahora —me apresuró.

—¿A dónde?

Tomó mi mano y me llevó corriendo a la habitación, intuía que seguro me habría llevado alguna sorpresa.

Cuando llegamos, Dana se estacionó allí y me dijo:

—Ve, entra. ¡Qué esperas!

—¡Okey!

Ingresé de inmediato, observé cada parte de la habitación: el suelo, el techo, el baño, el clóset y, sin embargo, no hallé nada.

Salí de allí y le indiqué eso mismo a mi hermana: que no había nada, que lo que sea que quería que viera lo había escondido muy bien.

—¿De qué hablas? —preguntó.

—De lo que me has traído —respondí.

—No te he traído nada, tonto —replicó—. ¿Yo te he dicho que traje algo?

—No...

—¿Entonces? ¿Qué te he dicho?

No entendía.

—Que entre a la habitación —respondí al fin.

—Entonces solo entra —indicó.

—Pero ya he entrado y no hay nada —insistí.

—¡Y es que no hay nada, tonto! —enfureció— ¡Kensei despertó!

—¡Rayos!

Ella había despertado y no me había dado cuenta. Estuve buscando algo que no existía, seguro Kensei me había visto.

Entré de nuevo, a paso lento, pensando que podría alterarla. Ella seguía en la cama y sí, había despertado. Su mirada estaba perdida entre las cuatro paredes blancas de la habitación. La mascarilla no le permitía emitir palabra alguna.

Cuando estaba a punto de tocar su mano, una enfermera llegó a toda velocidad y me apartó; enseguida llegó otro enfermero para pedirme que saliera de la habitación hasta ser llamado. Debían atenderla y revisarla; comprobar que todo estuviera en su lugar.

—¿Estás nervioso? —me preguntó Dana al estar fuera de la habitación.

—Y sí, no sé por qué —respondí—, es raro, hermana.

—Todo va a estar bien —insistió.

—¿Por qué siempre llegamos a parar a un hospital? —le pregunté—
¿Siempre los dos?

—Así es la vida —respondió ella—. Recuerda a la conclusión que llegamos cuando se fueron papá y mamá: «No firmamos un contrato de larga vida al nacer, nos podemos ir en una hora si es posible. Sin embargo, hay que agradecer por cada minuto aquí, bajo el cielo».

—Al menos no estamos del otro lado —intervine—. Ojalá esto pare y la historia no se repita.

—¡No! —exclamó— No se repetirá. ¿Acaso no viste que despertó?

Asentí.

Luego de dos largas horas los médicos y enfermeros se retiraron de la habitación.

—Pueden pasar a ver a la paciente —nos indicó la auxiliar de turno.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Dana.

—Sí, ella está bien —respondió—. Pero intenten que no hable mucho.

—Entendido.

Pasamos a la habitación. Kensei estaba sentada, veía la televisión. Dana le sonrió a lo lejos y ella le devolvió la sonrisa.

—¿Cómo te sientes? —preguntó mi hermana.

—Un poco mareada —tartajó.

Era notorio el cansancio al ver su rostro. Estuvo varios días postrada, no era para menos.

Con los mismos nervios de la primera vez y con temor a arruinarlo todo, me arriesgué a saludarla por fin.

—Hola —murmuré con una sonrisa.

Ella asintió y, luego de un largo e incómodo silencio, inclinó la mirada para decir:

—Lo siento, pero no sé quién eres, no te recuerdo.

Y entonces..., entonces me caí a pedazos al verla ahí, bien, hablando y respirando sin ningún problema, pero sin poder reconocerme.

Los días pasaron, Dana cuidó de ella hasta que sus padres llegaron. Yo esperaba fuera, iba y venía del departamento y por las mañanas me iba a sentar frente al mar para tratar de encajar las piezas de un puzle; volvía en la noche, miraba el cielo y rogaba que su memoria regresara, sin embargo, al parecer esa no era la voluntad, al parecer tocaba esperar, aceptar, pero no renunciar.

Juré que sería para siempre.

Fin.

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a Dios por haber permitido cumplir este sueño: mi primer libro. ¡Cómo no agradecer! Si me ha dado tanto hasta ahora. Agradezco también a mis padres por las herramientas brindadas, ya que sin ellas pudo haber sido complicado continuar, los amo. ¿Cómo no agradecer a mi tío Vinicio? Gracias tío, porque desde que tengo memoria hasta ahora has apoyado cada sueño y proyecto que he tenido en mente, y este no ha sido la excepción; este lo he podido cumplir.

Infinitas gracias a mis lectores de siempre, a los que me lee en las redes sociales a diario: Nanda, Mariela, Josué, Neyth, Dámaris, Dayana, Fiama, Jael, Rosi, Kelsey, Daniela, Jere, Raúl, Sibri, Ximena y a quienes solo reaccionan también. A quienes se atrevieron a leer el borrador de la novela: Iza, Iris, Jiret, Jara, Edisong.

Y era imposible que me olvide de ti, Sofí, gracias por los ánimos y por la esperanza puesta en que podía hacerlo bien y brindarme la seguridad de que este será el primero de muchos proyectos que se cumplirán a su tiempo, al tiempo de Dios. Te quiero un mundo.

¡Gracias a todos!

SOBRE EL AUTOR

Bryan Valarezo nació un 20 de mayo de 1996 en la ciudad de Playas de Villamil, Ecuador. Cree en Dios desde la infancia y sabe tanto sobre fútbol como un chef sobre la cocina. Ama viajar y redactar experiencias vividas en los lugares a los que llega, por eso se ha embarcado en la gran travesía de convertirse en escritor.

Encuétralo en:

Facebook: /Bryanvalarezoa

Instagram: @Bryanvalarezoa

Twitter: @Bryan_sva

Sitio web: www.bryanescribe.com

Notes

[←1]

Labioso,sa es aquella persona, que tiene gracia al hablar y elocuencia para convencer a la gente.

Table of Contents

PALABRAS DEL AUTOR

CAPÍTULO 1

(Untitled)

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

(Untitled)

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

(Untitled)

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

AGRADECIMIENTOS

SOBRE EL AUTOR

(Untitled)

(Untitled)

Notes